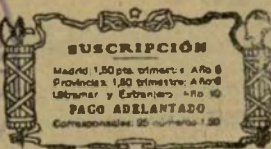


EL MOTÍN



Año XXXI.

Madrid, Jueves 2 de Noviembre de 1911.

Núm. 41.

Humorismo político

Varias veces he pensado abrir esta Sección, para llenarla los días que sienta más intensamente que de costumbre la amargura de esta frase de Taine: «Cuando se está demasiado triste, hay que reír por no llorar.» Y he ido aplazando el momento de abrirla, por si la casualidad hacía que la política entrase por fin en un período de relativa seriedad en todos los campos, el republicano especialmente.

Pero como veo que esto tarda, y que, de tomarla yo siempre en serio, podría exponerme á morir de esa enfermedad que diz que hace pasar á mejor vida á los gorriones, *la rabia*, he decidido abrirla ahora. ¿Qué mejor ocasión que esta, en que los últimos sucesos han dado pretexto á los unos para contradecir las ideas á cuya sombra medraron, y á los otros para olvidarse de lo que tantas veces ofrecieron?

Y ahora, oído á la caja.

La consecuencia

Se le da comunmente á esa palabra en política un alcance que no tiene; hasta virtud se la llama.

Si no fuera porque, para el tiempo que me queda, no merece la pena de rectificar los absurdos en que he incurrido, tendría el honor de pegarle un puntapié á esa virtud tan anticuada, tan fósil, tan cursi!...

Hay palabras que parecen inventadas para reventar al infeliz que las toma en su acepción directa. Hombres superiores son aquellos que lo advirtieron á tiempo y las eliminaron de su vocabulario.

Pruebas al canto:

Si Canalejas hubiese continuado rindiendo culto á la palabra *consecuencia*, en la acepción de *virtud*, no hubiera llegado á Presidente del Consejo de Ministros; ni Luque á ministro de la Guerra; ni Fernández Latorre á Gobernador civil de Madrid; ni Francos Rodríguez á Alcalde.

Porque ya se recordará que los individuos que hoy desempeñan esos cargos en la Villa y Corte fueron republicanos, como también lo fué Amalio Gimeno, actual ministro de Instrucción Pública.

Así, quedemos en que la consecuencia es una virtud ruinosa, hambrienta

y andrajosa, pero que quizás por eso mismo satisface á necios de mi calibre.

Conócete á ti mismo

¿El mérito mío como republicano? Ninguno.

Por esto no aspiro á que mis correligionarios me nombren jefe, ni diputado ni concejal.

Ni á que las Azucareras endulcen mi existencia.

Ni á que los gobiernos monárquicos me hagan director de Institutos de Reformas Sociales.

Ni á que me favorezcan con destinos pingües, para repartirlos entre mis deudos y amigos.

Otra cosa sería si pudiera exhibir una buena hoja de servicios prestados al partido. El premio más grande me parecería pequeño, y la ostentación más soberbia juzgarla humilde.

Hasta sospecho (aunque no me atreva á asegurarlo) que tendría el valor suficiente para presentarme en automóvil á decirle al pueblo que estaba en la miseria, por si acaso él no se había enterado aún.

Pero no habiendo hecho nada que se salga de los moldes vulgares, la verdad, no me creo con derecho á pedir ni aceptar nada.

Y no es por modestia, no; yo no soy modesto. Es por orgullo: por no tener que avergonzarme á mis solas de haber aceptado lo que no merezco.

¡Felices aquellos correligionarios que pueden aspirar á obtenerlo todo, por poseer los méritos que á mí me faltan, y que, por lo tanto, fincan satisfechos de que merecen más de lo que se les ha dado!

Heroicidad

¿Qué valientes son los monárquicos, qué valientes!

No sé cómo pueden vivir tan tranquilos teniendo enfrente treinta y tantos diputados republicanos del temple y empuje revolucionarios de los actuales. Confieso que á mí no me llegaría la camisa al cuerpo, lo mismo cuando hablasen que cuando callaran. Cuando callaran sobre todo.

¿En qué estarán pensando?, me preguntaría angustiado; seguramente en cumplir lo que ofrecieron al solicitar los votos de los suyos para venir aquí: derribar la monarquía. ¿Qué va á ser de nosotros, cielo santo?

Y cuando oyera un: «¡Pido la palabra!», me echaría á temblar, cual si estallase á mi lado un centenar de bombas de dinamita: «¿Qué va á decir eso? ¿Un

bre terrible? No va á dejar piedra sobre piedra en el edificio del orden. Me prepararé á bien morir. ¡Que venga el confesor con el Viático! ¡¡Ah! ¡Y con la Exremaunción!»

Esto, repito, me ocurriría á mí; no tengo la menor duda; mientras ellos, los monárquicos, apenas si hacen caso á los diputados republicanos; á veces creo que ni se fijan en que están en el Congreso.

Admiro, pues, su incomensurable valentía. Aunque quizás no sea tal valentía, sino insensatez: la insensatez del que se duerme sobre un volcán.

¡Ay de ellos y de la institución el día que ese volcán estalle, y que, ó mucho me equivoco, ó quizás no tarde muchos siglos!

Caracteres inflexibles

Dominan en España los monárquicos, no por ser los mejores ni los más, sino porque son unos egoístas que se olvidan de sus antagonismos ante el interés de la institución.

Los republicanos somos en esto, como en otras cosas, superiores á ellos. ¿Estamos desunidos? Pues ni aun para traer la República nos juntamos. O ser ó no ser.

Únicamente en los períodos electorales abrimos un paréntesis en esta actitud levantada. Y no siempre.

Ahora mismo se está viendo: cada fracción presenta sus candidatos á la concejalía, para demostrar á las otras que es la más numerosa ó la mejor organizada, no por el mezquino interés de servir á la causa republicana. Los caracteres bien templados somos así: inflexibles.

De este modo, aunque salgamos derrotados, podremos exclamar orgullosamente:

«Perdimos las elecciones, pero no la dignidad de fracción. ¡Viva la República!»

Lógica republicana

El Punch, periódico satírico inglés, publicó una caricatura de la lógica, escribiendo lo siguiente debajo de una escuálida y pensativa figura:

«Me alegro que no me guste el *puding*, porque si me gustara lo comería, y es cosa que me revienta.»

Algunos de los nuestros no parecen sino que piensan:

«Me alegro de ser republicano, porque si no lo fuera, no podría servir á la monarquía, y es cosa que me agrada.»

Lo hago constar, para que no se nos

vengan los ingleses echándoselas de maestros en lógica.

Las baterías "Mitins"

Convendría hacer comprender á las masas que el derribar la monarquía es casi imposible, cuando no se ha conmovido apenas con los formidables proyectiles que durante treinta años les hemos disparado desde las baterías *Mitins*.

Gallardos, enhiestos, echando rayos por los ojos y truenos por la boca, gritando hasta enronquecer y sudando hasta liquidarse, los héroes de nuestra propaganda oral merecen los honores de la apoteosis...

Apóstrofes á lo Prometeo... Amenazas apocalípticas... Actitudes de gladiador triunfante... Desplantes tremebundos... Todo lo utilizan... Y no se sabe qué contribuye más al conjunto: si el cuerpo ó el espíritu; si la garganta ó el cerebro.

Antiguamente, bastaban unas cuantas palabras para empujar hacia el triunfo: «¡Cuarenta siglos os contemplan!», les dijo solamente Napoleón á sus soldados para ganar la batalla de las Pirámides.

Hoy llevamos años y años hablando y escribiendo ferozmente, para acabar encomendando á la Providencia la misión de traernos la República.

Serenidad... calma...

Hay quien sostiene que hoy, antes que presentar soluciones, convendría despertar indignaciones.

¿Para qué? ¿Para que en un momento de arrebatado hiciésemos alguna de aquellas barbaridades que realizaron nuestros imbéciles abuelos para implantar la libertad?

No, no. Mejor es lo que hacemos: hablar constantemente de lo que haremos el día que estemos en República, pero no haciendo nada para que venga.

Así las gentes de orden viven tranquilas, y no pueden decir con razón que les impedimos continuar robando y divirtiéndose.

Sí, sí. Hay que conservar la buena fama adquirida en tantos años de sensatez y comedimiento, ya que nos ha costado tantas vergüenzas y tantas indignidades adquirirla.

Absolutismo republicano

Dicen que los pueblos son esclavos, por no saber decir á tiempo: ¡No!

Para no incurrir en error semejante, los republicanos contestamos cortésmente á todo lo que nuestros jefes proponen: ¡Sí!

Y por esto los jefes, que deberían contentarse con ser los encargados de conducir al partido por el camino que trazase la mayoría, se dignan respondernos parodiando enfáticamente á Luis XIV:

«¡El partido soy yo!»

Mi ignorancia

Hay ocasiones en que siento cierto

reconcomio parecido á un remordimiento, después de dirigir cualquier censura á los jefes republicanos.

¿Si lo que yo reo deficiencia ó cálculo, me digo, será conocimiento perfecto de su Yo?

A solas, ninguno nos engañamos; y bien pudiera ocurrir que, al juzgarse cada uno, dudara de sus condiciones de talento ó energía para resolver ó afrontar las dificultades que surgirán después del triunfo, y no se atreva por esto á facilitarlo, teméndole al fallo de la Historia.

Sería digna de alabanza esa su conducta semipasiva, si no asomara la cabeza este argumento:

«Y si piensan de ese modo, ¿por qué no renuncian la jefatura, puesto que no es cargo obligatorio, como antiguamente la prestación personal?»

Mas hablo de esto, como de otras muchas cosas, sin experiencia maldita, y acaso me equivoque.

Como nunca he sido jefe, ignoro la sicología de los que alcanzan esa apedecida magistratura republicana.

Un inocente

Y me decía uno de esos infelices que lo toman todo en serio:

«Cada vez que se inutiliza un republicano que ocupa puesto preeminente, por no corresponder á la confianza en él depositada, siento pena inmensa; más que por él, por los entusiasmos que mata, las esperanzas que quita, los escepticismos que incuba.»

—¡Pero, cómo!, ¿ahora está usted ahí!, le contesté. ¿Cuándo ha visto usted inutilizarse á ninguno que subiera á la altura en hombros del Pueblo? Se le discutirá más ó menos; perderá alguna importancia; quizás algunos partidarios... ¿Mas inutilizarse? Nunca. El Pueblo se encariña atrocemente con los ídolos que crea. Todo lo que redunde en alabanza suya, lo admite sin discusión; todo lo que pueda contribuir á su desprestigio, lo rechaza indignado... ¡El buen Pueblo...! ¡Es tan cándido!... De no ser así, ¿crece usted que se vería como se ve? Se parece mucho á esos hombres que aman con frenesí á la mujer que los engaña.

Y al oírme hablar así, mi interlocutor se quedó estupefacto.

Donde menos se piensa, salta un inocente.

A los jóvenes

He dicho alguna vez que no me gusta estar en el secreto de ciertas cosas porque no se aminore el gusto con que las veo.

En los juegos de manos, por ejemplo, hay quien se desvive por entera se de cómo se hacen, mientras á mí me ocurre lo contrario: ¿para qué convenirme de que aquello que me distrae ó me admira lo puede hacer cualquiera, si esto ha de contribuir á que en lo sucesivo me aburra al ver o?

Imitadme, jóvenes republicanos, y no procuréis nunca enteraros del por qué

la monarquía subsiste: podríais perder la fe en los prestidigitadores que están al frente del partido y aburriros al penetrar el secreto de sus juegos. Y el aburrimiento es el cáncer del espíritu.

Por esto, cada vez que un republicano me dice: «Estoy aburrido de tanto mitinear, tanto gritar, tanto amenazar, tanto ofrecer y tanto no cumplir», me digo para mis adentros: «Este hombre está muerto».

Por lo tanto...

¡Oh jóvenes amables que en vuestros tiernos años os sentís orgullosos de ser republicanos! Si no queréis ser presa de amargos desengaños, aceptad sin examen á los eximios vacuos, á los buscaruidos y á los recojeochavos; que acaso de este modo podáis tal vez libraros de que el aburrimiento os vaya aniquilando, si no tenéis la dicha de que os despene el asco.

Profecía fúnebre

He supuesto, no una, sino muchas veces, que

Cuando yo me muera, mira que te encargo que no vengan ni frailes ni curas á cantarme tangos.

¿Pero en qué diablos estaba pensando? Mi memoria me ha hecho una jargueta de mala ley, recitándome ahora esa *seguriya* gitana que escribí hace tiempo.

Lo que yo pretendía decir, es que, cuando yo me muera, van á presenciar los madrileños, si finiquito aquí, un entierro muy concurrido.

Las personas que me quieren, ó que simpatizan conmigo, vendrán en gran número, pero resultarán pocas comparadas con las que se acercarán para ver si efectivamente desaparecí de la escena del teatro político y religioso; y entre las últimas, se distinguirán por su mal disimulada alegría muchos de mis queridos correligionarios, de concejal para arriba; y será de ver...

Mas corto aquí, que esto se ha puesto un poquillo fúnebre, y no encaja en una sección humorística el ocuparse de muertos que, gracias á Dios, disfrutaban todavía de buena salud.

Aparte de que ya tenemos bastantes con los que hemos enterrado, sintiendo al morir la amargura de no ver establecida la República que amaron tanto, por la que tanto sacrificaron y por la que tanto sufrieron.

¡Mas afuera ideas tristes, afuera!...

¡Digo, y en época de elecciones!

¡A votar, queridos correligionarios, a votar!

JOSÉ NAKENS

A fin de no dar pretexto á los Censores del gobierno (ya difuntos) para divertirse con EL MOTIN, publiqué en el número que tacharon varios artículos anodinos, uno de ellos el siguiente. Y como no lo mandé distribuir, lo aprovecho para éste.

Prólogo

No sé si será porque barrunto que el día menos pensado voy á encontrarme con una papeleta de citación para el Infierno, que me impida cumplimentar la que tenga pendiente en las Salesas; ó porque, como casi todos los viejos, dé ya en la manía de hablar de las cosas que no he hecho, pero que por habérmelas pensadas llegan ya en mi memoria insegura á confundirse con las que realmente realicé, lo cierto es que siento de algún tiempo acá una comezón terrible por hablar de mí, cual si le importara á nadie lo que yo haya hecho ó dejado de hacer; debilidad más frecuente de lo que se cree.

Y para satisfacer esa comezón y rendir culto á esa debilidad, de vez en cuando, y con permiso de *Doña Política Española*, señora tan empalagosa por lo monótona, como fusilable por lo infucunda, echaré al aire algunas de las pocas canas que ya me quedan, remembrando en estilo ameno recuerdos personales que distraigan algo á mis lectores, aburridos seguramente de oír tanta frase hecha y tanta mentira convencional, y de ver elogiar á tanto farsante y medrar á tanto canalla, mientras todo lo grande, lo noble y lo digno se va derrumbando en esta España despolada por el hambre, arruinada por la inmoralidad, gobernada por la ineptitud, y degradada por el clericalismo.

Si no les agradaren á mis lectores estas intimidades agriindulces, ya me lo dirán; pero si les gustaren, materiales tengo archivados en mi memoria para llenar varios tomos.

Especie de Rastro intelectual donde se juntan, en caótica confusión, recuerdos y esperanzas, sueños y realidades, dudas y afirmaciones, mi memoria tiene amontonados hechos y juicios que pudieran servir para aclarar un poco ciertos puntos oscuros de la historia política de la restauración; como guarda también almacenados sin orden ninguno, anécdotas y ocurrencias y sucesos de los literatos y artistas de mi tiempo, y que si yo no los relatase, se perderían por completo.

En suma, que pudierz, si el humor no me abandonase, el tiempo me dejara, y cuidados preferentes no me lo impidiesen, decir algo que agradara por lo curioso ó interesase por lo nuevo. No en tono de *Memorias*, casi siempre amañadas y nunca desfavorables para el autor, sino en forma de notas amenas, que me distrajesen á mí en primer término, y pudieran contribuir á que se me juzgase después tal cual soy, no como los demás quieren que sea.

No pertenezco al número de los que creen

que todo tiempo pasado
fué mejor;

todo lo contrario. Pero veo tan oscuro el presente y tan nublado el porvenir de España, que debe disculpárseme si á ratos vuelvo al pasado la mirada buscando un rayo de luz pura en el cielo de la Libertad.

Es posible, y así lo creo, y así debe ser, que los ojos de mi espíritu se vayan oscureciendo como los de la carne, y de ellos partan las sombras que veo, mas esto no quita para que me produzcan el mismo efecto que si de fuera viniesen.

YO, hablando de mí

—¿Cuándo se jubila usted?— me preguntó un amigo que vino hace pocos días á visitarme y me encontró trabajando.

—¿De qué?—le pregunté.

—Del periodismo y la política.

—Cinco minutos antes de morirme, si el Dios que todo lo puede no se digna agraciarme antes con una enfermedad de esas que suprimen de golpe la voluntad, la memoria y el entendimiento, ya en mí bastante deteriorados.

—¿Y trabaja usted por gusto, por hábito ó por necesidad?

—Por las tres cosas. Sin la labor de tantas horas, no podría ir trampeando; las únicas satisfacciones que disfruto, me las proporciona el trabajo; y estoy tan habituado á esta vida, que no sabría hacer otra. Es una desdicha llegar á viejo sin conservar siquiera algún vicio. Se aburre uno soberanamente.

—¿Por qué no viaja usted?

—Por varias razones: la primera...

..... He viajado muy poco, y nunca por distraerme. Desde que estuve en 1890 en París á tratar de un asunto político con Ruiz Zorrilla, no he salido de Madrid. Miento. He estado en El Escorial dos ó tres veces, tres ó cuatro en Getafe, cinco ó seis en Navalcarnero y unas horas en Toledo, sin hacer noche en ningún punto.

—¿De modo que usted no conoce de España...?

—Casi nada. Ni Cataluña, ni Galicia, ni Asturias, ni Aragón, ni Castilla, ni... Pero acabaré más pronto diciendo lo que conozco: algo de Extremadura, donde me crié...

—Yo lo creía á usted andaluz

—Y lo soy; del propio Sevilla, para servir á Dios y á usted; ¿no lo ha conocido usted en la gracia que tengo?; pero me trasladaron á Extremadura cuando contaba seis primaveras, y desde Cáceres vine á Madrid el año de 1867. Y aquí continúo.

—Entonces tampoco conocerá usted su tierra.

—Casi, casi... Volví á Sevilla en 1887 á restablecerme de una enfermedad, me corrí á Cádiz un día, otro á Málaga y sansacabó. ¡Ah! se me olvidaba. Ese mismo año estuve tres días en Valencia.

—¡Parece mentira que un periodista...!

—Haya hecho una vida tan oscura, tan estúpida, ¿no es esto? Acabe usted la frase; no me molesta; me la aplico yo á menudo.

—No he querido decir...

—¡Pero, hombre, si soy yo quien lo dice y quien va á probárselo á usted! El periodista, por razón de oficio, puede fácilmente disfrutar algunas pequeñas ventajas: billetes gratis en ferrocarriles y tranvías, en teatros y otros espectáculos públicos. Nadie lo lleva á mal, y á mí me parece bien. Y, sin embargo, casi siempre me ha costado eso los cuartos. Y digo casi, porque alguna vez he ido al teatro de *Ilfus*: no se puede ser ni imbécil sin intermitencias. Para darle á usted una idea de hasta donde llega mi majadería, bastará decirle esto: *jamás* he utilizado la Estafeta del Congreso, aun cuando en alguna ocasión (y en muchas) me hubiera convenido no desnivelar ni en cinco céntimos mi presupuesto. ¿Y sabe usted por qué no lo he hecho? Por si la persona que iba á recibir la carta se fijaba en el sello del Congreso, y me creía uno de tantos.

—¿Me permite usted decirle que eso es una pequeñez?

—Sí, hombre, sí. Los grandes hombres (?) somos un vivero de pequeñeces.

—Todo lo toma usted á broma.

—Pase porque sea broma esto. Pero fíjese usted en esto otro que me decía un amigo que me conoció de joven: (¿De joven? No me explico al presente que haya podido serlo). «Nunca te escuchó con más cuidado que cuando hablas en broma. Es cuando hablas más en serio.»

—Es usted un hombre singular.

—No tanto como se cree, pero sí algo. Desgraciadamente para mí.

—¿Desgraciadamente?

—Claro que sí. Para pasar la vida regularmente, hay que ser como la mayoría y hacer lo que la generalidad. Halaga mucho ciertamente llegar á llamarse *Fulano de Tal* para alguien más que la familia, pero se paga muy caro. Por lo pronto, el renombre lo priva á uno de libertad, impidiéndole hacer ciertas cosas que nadie extrañaría en otros, y le obliga en cambio á hacer otras que no haría si nadie lo conociera.

—Si, eso es verdad.

—Por esto es difícil juzgar á ciertos hombre; se expone uno á equivocarse. Por ejemplo: de mí se cree generalmente que he hecho siempre mi santa, ó mi hereje voluntad, y existirán pocos que se hayan visto más coartados, más sujetos que yo.

—Es curioso: explíquese usted.

—No puede usted imaginar las veces que he dado un mal paso por no pisar una hormiga. Amplíe usted este procedimiento á la vida moral, y se for

mará una idea de mi carácter. Cuando pienso que en ocasiones me he detenido ante un grano de arena después de haber subido á una montaña, me quedo sin saber qué opinión formar de mí. En fin, insisto en la idea: hay que parecerse al mayor número; se pagan muy caras las singularidades.

—De modo que usted siente ser como es.

—Me toca usted un punto... En determinados momentos, reniego de ser como soy y me digo que, si se viviera dos veces, en la segunda sería lo contrario que en la primera. Mas pasados los momentos aquellos, creo que si me hicieran árbitro de mi destino al volver á la Tierra, contestaría sin vacilar: «Quiero pensar como pensaba antes. Y sentir del mismo modo. Y obrar de igual manera. ¡Y hasta ser otra vez periodista!»

—¡Bah! Veo que no habla usted en serio cinco minutos.

—Tiene usted razón. Sin embargo, recuerde usted lo que me decía el amigo que le he citado, aquel que me conocía tan bien. Y ahora, abur; que ha sonado ya el segundo toque de la misa de diez en la iglesia del Buen Suceso y no quiero llegar tarde.

—¡Ja, ja, ja! Es usted incorregible.

—Sin jubilación también. Quedamos, pues, en que conservaré mis faltas y mis defectos hasta que reciba la papeleta de citación consabida, ó el Dios del obispo Caixal y el cura Santa Cruz se dignen acordarse de mí. (Ya sabrá usted que los católicos dicen que Dios se acuerda de ellos cuando sufren calamidades.) Con que venga esa mano y que la Magdalena le guíe.

El vacío

Alejado de los centros donde se conspira... contra el prestigio del partido republicano; y de aquellos donde se rinde culto á ídolos de cabeza sobredorada y pies de barro; y también de los organismos directivos donde se aplican cataplasmas de manifiestos á las desgarraduras terribles que la reacción hace á la patria en sus entrañas, no sé de política republicana sino aquello que los diarios dicen, y que no siempre se ajusta á la verdad.

Mas he aquí que de vez en cuando viene á verme algún amigo de los que asisten á esos centros, ó se entera de lo que en ellos pasa, sobre todo en época de elecciones, y me lo cuenta; y me produce tal impresión, que si entonces agarrase la pluma para reflejarla, diría algo parecido á esto, si no pensase en los innumerables republicanos que dejan de reunirse con esos faranduleros de una idea grande y salvadora:

«¿Pero esto es un partido político, ó una casa de señoritas de honor desgraciado? ¿El puerto de salvación para España, ó el puerto de arrebatas-actas? ¿Un conjunto de hombres abnegados, ó una

taifa de vocingleros incapaces para toda labor seria?»

Mas ¡ay! pienso en esos otros republicanos que he dicho (la mayoría), que tanto en Madrid como en provincias tienen fe en el ideal y por él se sacrifican, y entonces me recifico y exclamo:

«Si entre doce hubo un Judas, ¿qué extraño es hallar un centenar de vividores y sinvergüenzas en un partido tan grande?»

Aunque lo peor no es que los haya, sino que les hagan á veces coro los mismos que los desprecian, y que, por miramientos mal guardados y conveniencias mal entendidas, permiten que continúen perturbándonos, ya que deshonorarnos les sea imposible.

Porque no hay siquiera necesidad de expulsarlos: basta con hacerles el vacío.

EL MITIN DEL DOMINGO

Los discursos de oposición enérgicos, razonados y valientes que debieron pronunciar Melquiades Alvarez y Pablo Iglesias durante la suspensión de garantías, los lanzaron por fin el domingo en el Frontón Jai-Alai. El público, que era numeroso, los aplaudió frenéticamente.

Yo pido permiso al público y á los oradores para no entusiasmarme hasta que vea traducidos en actos los desplantes tardíos de ardor revolucionario; cuando no haya derecho á decirle á ningún orador:

«¿De qué sirve tu charla sempiterna si tienes apagada la linterna?»

He oído tantos discursos decisivos, fijando fechas indiscutibles y triunfos indudables, que nadie debe extrañar ahora mi prudente reserva.

Los oradores se reservaron el párrafo que hubiera elevado al delirio el entusiasmo; aquel en que solicitaran la Unión de todos para traducir en hechos sus anhelos oratorio-revolucionarios, y el público se reservó también esa nota, que habría sido la más vibrante. Creo, pues, no desentonar, reservándome á mi vez la elección del momento oportuno para entusiasmarme.

Que no llegará, por cierto, mientras sigamos viendo en diferentes carricoches á diversos especialistas pregonar las excelencias de su elixir, á la vez que insultar cada uno á los demás por vender uno que no sirve, *¡vendiendo todos el mismo!*

Espectáculo que disfrutaremos dentro de pocos días, cuando veamos cubiertas con dobles candidaturas republicanas las esquinas de Madrid, sin que esos señores que hablaron el domingo tan elocuentemente, tan ferozmente y tan inmunemente contra el régimen, hayan tenido la suficiente grandeza de espíritu para evitarlo, olvidando mutuas diferencias, acallando compartidas emulaciones, perdonando agravios comunes.

Y mientras esto no hagan, tengan por seguro que no serán creídos cuando digan que van á vencer á los monárquicos.

Los que no han aprendido aún á venderse á sí mismos, mal pueden ofrecer garantías de que vencerán á los demás.

En fin, que me reservo la manifestación de mi entusiasmo, para cuando me convenza de que el del domingo no fué un *mitin más* del corte de los millares y millares que hemos celebrado, ineficaces casi todos, sino el *primero* de una serie nueva.

He dicho.

MI POSTURA

Ya sé que algunos dicen:

«La postura política de Nakens es muy cómoda: critica casi todo lo que los republicanos hacen, sin aceptar cargo alguno donde pudiera demostrar que posee las condiciones que niega á otros.»

Efectivamente, mi postura es esa: yo no acepto cargos en el partido, ni representaciones populares; ni siquiera aspiro á una jefatura, que es hoy lo más fácil de alcanzar.

¿Quiere saberse por qué? Porque me conozco bien, y sé que acaso lo hiciera tan mal como los que hoy acaparan esos cargos, esas representaciones y esas jefaturas, y que harían hasta lo imposible porque yo fracasara, para disculpar con mi fracaso probable sus deficiencias probadas.

Además de esa razón, tengo esta otra principalísima: que para cumplir lo que ofreciese en cualquier cargo que ocupara, me sería forzoso abandonar la ocupación diaria que me permite vivir modestamente; pues *todavía* ¡ay de mí!, no he dado con el secreto de vivir en grande, sin trabajar en obra que puedan ver todos. Si esto demuestra falta de inteligencia, me reconozco imbécil; si de cobardía, cobarde; si de inferioridad, inferior. ¿Pero qué hacerle, si soy así?

Y doy estos detalles, para probar que no podría, aunque quisiera, ocupar en el partido cargos que me robaran tiempo. Admiro á los que todo lo abandonan para sacrificarse por el bien público, mas no *puedo* imitarlos.

Por lo que no paso tampoco, es por lo de que mi postura sea cómoda.

Si no lo supiese por experiencia, me lo probaría el que nadie procura hacerla perder, aquí donde se ponen en juego todas las malas artes de la política para ser, no digo ya diputado, concejal, ó cacique de provincia, sino simplemente vocal de un comité de diez ó doce correligionarios; aquí donde de todos se creen aptos para todo; aquí donde tantos se afanan por adoptar posturas que les permitan aguardar cómoda, tranquila y confortablemente la venida de la República.

¡Postura cómoda la mía! De los republicanos de algún renombre, ninguno la tiene tan violenta. La abandonaría, si no creyera que en lo poco que digo

(poco, comparado con lo que pudiera y debiera decir), interpreto fielmente la opinión de la mayoría de esos republicanos que no toman parte en las luchas que nos dividen y desgarran, ni profesan la idea por sport, ni la toman por oficio.

Pero si no me decido á abandonarla, confieso que me agrada que alguno de los que me censuran la adoptase por un año siquiera. Sólo le impondría esta condición: que hiciese la vida que yo hago y renunciase á todo lo que renuncio.

Admito proposiciones

¡A la una!... ¡A las dos!... ¡A las tres!...

Nadie acude.

Y como conviene al partido que alguien esté colocado en esta postura, para ver si consigue que los vividores y farsantes abandonen la que han adoptado, seguiré en ella.

¡Qué remedio!

Será mi sino.

La vida del soldado

Si estuviésemos en una monarquía absoluta, dirigiría este escrito al rey y sería oído.

Si estuviésemos en un Estado constitucional, lo dirigiría al Consejo de ministros y allí sería atendido.

Si estuviésemos en un pueblo en que los jefes de oposición cumplieran con su deber, á ellos lo dedicaría para que le diesen eficacia en las Cortes.

Ahora he de dirigirlo á don Nadie, ó sea al Pueblo español, para que lo tenga en cuenta cuando sea alguien.

Y le digo breve y sencillamente, que es un bárbaro y que está fuera del espíritu de las leyes al no indemnizar debidamente á las familias de los soldados muertos en campaña en defensa... de lo que sea... y siempre obedeciendo á la disciplina, cuyas excelencias supremas é indiscutibles se cifran en la palabra «vigente».

El soldado español en esto es tratado como «hospiciano» sin padres, sin hermanos y sin familia.

El Estado indemniza con la orfandad y viudedad la vida de los oficiales muertos en campaña.

El Estado cobra mil quinientas pesetas de los que se redimen del servicio, tasado en tal precio la vida de un soldado español ante la familia.

El Estado ha publicado una ley de accidentes del trabajo en la cual se tasa la salud, utilidad y vida del obrero víctima del oficio.

Y ese Estado que tasa así la vida de los españoles, no indemniza la vida del soldado que muere en servicio del rey y de la Patria.

Acuso la injusticia y el que pueda hacer más, que lo haga.

S. PEY ORDEIX

Al caer Maura

En Noviembre de 1909

La paz en Africa, después de las victorias del Gurugú.

La represión en la península, después de la revolución fracasada.

El silencio de la prensa nacional.

El soborno de la prensa extranjera.

La nación alarmada.

Europa protestando.

Ferrer fusilado.

Al subir

Si subiera ahora

Idem, idem, idem.

La nación desorientada.

Europa desengañada.

INSINUACIONES GRAVES

EL FONDO DE LOS «REPTILES»

No una, cien veces *España Libre* se resolvió contra la injusta benevolencia de que se hacía objeto á Canalejas. Eso mismo, el hecho de que este periódico haya seguido una campaña constante contra el funesto Ministerio actual, nos da fuerza para pedir que se aclaren ciertas alusiones que estos días se han hecho á la Prensa.

Sabemos, porque lo sabe todo el mundo, que los Gobiernos pagan con dinero de la Nación elogios y silencios, practican el sistema de auxiliar á «sus» periódicos con el dinero que el fisco saca al pueblo. Por eso no nos asombra leer ciertas cosas, aun cuando creemos necesario pedir que se esclarezcan.

La Epoca habla de la benevolencia de los periódicos republicanos (incluye á todos) con Canalejas, y escribe:

«El Sr. Canalejas tiene esa fortuna, que no le envidiamos, pero que le reconocemos. Poderoso caballero es el ideal democrático que obra esas maravillas de mantener la cordialidad entre los afines, aun al través de los agravios.»

No tiene valor *La Epoca* para hablar claro, recordando quizás que Cierva, minutos antes de llevar Maura su dimisión á Palacio, había retirado de Hacienda 30.000 pesetas con cargo al fondo de los «reptiles»; pero esa su alusión á los versos de Quevedo:

Poderoso caballero
es don dinero,

resulta demasiado clara para que no pidamos, con toda claridad, que hable concretamente, sin rastreras insidias, sin cobardes insinuaciones deshonrosas, sin equívocos de mala fe. Diga lo que sepa y acuse con franqueza, que aun sabiendo los republicanos que la prensa maurista se nutrió á sus anchas del fondo de los «reptiles», agradecerá que diga *La Epoca* rotundamente qué periódicos republicanos se someten al «Poderoso caballero» y venden benevolencias al gobierno.

Pero no es el periódico aludido el

único que habla de eso. También *El Mundo*, aunque no refiriéndose á la prensa, escribe: «Desde aquel día (el de la última victoria electoral obtenida en Madrid con la candidatura de diputados á Cortes), los republicanos, los jefes republicanos, han obtenido de Canalejas lo que han querido: dinero de Gobernación, etc.»

También hemos de pedir que se hable claro. Sépase quiénes son esos jefes que reciben dinero de Gobernación, mermando lo destinado á ciertos periódicos amigos que comen á dos carrillos en todos los ministerios, á cambio de elogios sin tasa y de involucrar el patriotismo con los errores de los gobernantes.

Nosotros tenemos la convicción de que no se podrá decir nada; pero si se dice, nos alegraremos mucho.

Conque hablen *El Mundo* y *La Epoca*, que no es bueno paguen justos por pecadores, si es que los hay, fuera de los incondicionales alquilones.

España Libre.

Comentarios

«No somos nosotros de los que pasan en silencio agravios á su dignidad, ni de los que vacilan en cumplir con su deber en toda ocasión. Por eso vamos á demandar á *La Epoca* una categórica explicación á ciertas palabras tendenciosas, para que cada palo aguante su vela.»

Dice el colega conservador, refiriéndose á la benevolencia que algunos periódicos opositores guardan para con el jefe del Gobierno:

«El Sr. Canalejas tiene esa fortuna, que no le envidiamos, pero que le reconocemos. Poderoso caballero es el ideal democrático que obra esas maravillas de mantener la cordialidad entre los afines aun al través de los agravios.»

Esto en modo alguno se refiere á nosotros. De nuestra oposición enérgica al jefe del Gobierno hablan bien elocuentemente las denuncias de que somos objeto á diario y la persecución que estamos sufriendo. El que lo dude puede repasar los números de la colección.

Por lo tanto, exigimos de *La Epoca* que hable alto y claro. Necesitamos saber los nombres de esos periódicos vendidos al Gobierno. Lanzar una acusación insidiosa, grave, de mala fe, y no probarla, ni es digno ni es honrado. *La Epoca*, puesto que acusa, tiene el deber de hacerlo claramente, sin ambages ni rodeos. Y caiga el que caiga.

También D. Santiago Mataix habló de componendas entre Canalejas y algunos republicanos. Del mismo señor poseemos un testimonio que deja á salvo nuestra honorabilidad y la de nuestro entrañable jefe, D. Rodrigo Soriano.

Y ya puestos á hablar del asunto, hemos de decir que es muy fácil lanzar acusaciones sin fundamento, para después no probar nada, y que ese arma innoble es usada precisamente por los periódicos de la derecha, sin perjuicio de decir después que los republicanos calumnian é injurian.

España Nueva.

El celibato y no el matrimonio

Quitad de la Iglesia el honrado matrimonio y el tálamo sin impurezas, y veréis cómo se llena de fornicadores, incestuosos, afeminados, impúdicos, monstruosos y de toda clase de lascivias y desórdenes.

S. BERNARDO (Sermón 66)

Por indicación del ministro de Estado hecha al fiscal de Barcelona se ha denunciado, pidiendo su nulidad, el matrimonio contraído en Francia por el ex sacerdote Sr. Pey Ordeix. No trato aquí de defender su derecho y el acto que ha realizado, cosas que él hace admirablemente en EL MOTIN, sino de hacer algunos comentarios á tan interesante materia.

Parce increíble que en el siglo XX, y aunque se trate de un país tan retrasado como España, todavía se conmuevan las esferas, tribunales y cancillerías porque un clérigo, que ya no lo es, contraiga matrimonio civil. Aunque, abusivamente, concebimos que la Iglesia, con fines poco nobles, haya vedado á sus sacerdotes el matrimonio y concebimos que en este caso hubiera rasgado sus vestiduras, iniciado terrores expedientes canónicos y lanzado sobre este clérigo casado todos sus anatemas; pero mientras la Iglesia parece callada y los curas episcopales dormitan, todo un ministro de Estado sale á romper lanzas por la nulidad ó integridad del celibato con una eficiencia y un celo que los mismos curas han exclamado:—¿Pero quién le mete á este señor en estas cosas?

¡Ah, mis venerados hermanos en Cristo!

Se mete la religión oficial del Estado, y el Estado de la religión oficial católica que veda en su Código el matrimonio á los ordenados *in sacris* y á los profesos de votos solemnes. La Iglesia otorga dispensa para dejar el claustro, el hábito, y exime de los votos de pobreza y de obediencia, pero deja siempre vivo y subsistente el de castidad. De modo que un fraile y una monja exclaustrados vuelven al mundo, y parecen lo que los demás; pero la Iglesia ha puesto un candado á sus facultades genésicas, y los ha hecho perpetuamente estériles. Del monaquismo no les queda nada, sino la incapacidad matrimonial perpetua; los ha convertido en eunucos por el reino de los cielos, como decía Cristo.

La Iglesia, en casos excepcionales, dispensa á los sacerdotes de llevar los hábitos talaras, de usar tonsura, de rezar el breviario, y les faculta para dedicarse á empleos laicos; pero no les dispensa del celibato; han de ser castos oficialmente, quieran ó no. El cura no hace voto de castidad, como lo hace el fraile al profesar. Promete obediencia á su legítimo prelado y á las disposiciones disciplinarias de la Iglesia, y nada más, y como éstas hoy (antes no fué así) vedan el matrimonio á los curas, de ahí es que no puedan casarse.

Esto no le bastaba á la Iglesia; era preciso apretar más el dogal, y buscó apoyo en la legislación civil de los Es-

tados, que obtuvo en épocas pasadas, pero que hoy en estas materias no le prestan los pueblos, y de aquí que la circunstancia de ser fraile ó cura no sea un obstáculo en ninguna parte para casarse civilmente. Pero en España el Concilio de Trento es ley del reino y el Estado no ha podido menos de ser apoyo de la Iglesia en esta y otras materias, y castra, porque sí, á infinitos españoles, porque así lo quiere y manda la santa Iglesia que tuvo la habilidad de transformar en *sacramento* un contrato natural y de impedir el acceso á este sacramento á todos sus ministros.

Hablando del celibato ha dicho Rousseau:

«Ved esos temerarios que hacen voto de no ser hombres: para castigarlos de haber tentado á Dios, Dios los abandona; se dicen santos y son deshonestos; su fingida continencia es una mancha; por haber desdeñado á la Humanidad, caen debajo de ella.»

Lo cual equivale á la famosa frase de aquel otro escritor:

«Cuando el hombre quiere ser ángel se convierte en bestia.»

Y la medicina añade:

«La continencia absoluta y perpetua es fisiológicamente imposible.»

La Iglesia sabe esto muy bien; por eso tolera al cura la mujer en su hogar, aunque le vede la categoría de esposa. Le exige la fórmula, el acatamiento eterno, y de lo demás hace la vista gorda, con tal que no estalle el escándalo. Visitad uno por uno los hogares de los clérigos, y en ellos veréis siempre la mujer; por excepción son madres y hermanas; lo corriente son cuñadas, sobrinas, primas, etc. Si se les exigiera la comprobación auténtica de este parentesco, ¡qué apuros pasarían! Otros tienen á la mujer en su compañía en concepto de amas de llaves, caseras, *mejor donas*, etc., etc. Muchos de ellos son buenos sacerdotes, celosos, caritativos; pero... no han podido prescindir de la mujer. Los obispos, que antes han pasado por esto, lo saben, y, no obstante, los visitan, agasajan y ascienden. Es un convenio tácito y clandestino entre todas á espaldas de la disciplina celibataria eclesiástica. Pero si un cura quiere romper públicamente con esta hipocresía de la castidad, si quiere honrar y reparar á la mujer con quien vive, ¡oh! entonces el clamoreo, la indignación y la ira de la Iglesia sube de punto y mil lenguas gritarán en mil tonos: «¡Apóstata! ¡Hereje! ¡Sacrilego!»

Y, sin embargo, aquel cura no hace entonces otra cosa distinta á la que hacía antes; sólo ha hecho quitarse el antifaz, dejar ver el fondo de una cosa que todos los fieles saben, pero que todos aparentan ignorar, y rasgar el velo con que la disciplina eclesiástica quiere ocultar á la Humanidad los coceos y los rugidos de toda carne, aunque esté cien veces consagrada al servicio de Dios.

¡Ragocijao, fariseos! El Estado español viene á formular las quejas que lanza la Iglesia, repudiada por un clérigo que prefiere al desposorio incestuoso con la que se llama su madre, el matrimonio con una mujer de carne y hueso, á la cual le encaminó su corazón. El Estado abomina del matrimonio clerical; prefiere el celibato forzoso, brutal, impuesto á todas las edades y temperamentos, aunque sea una sentina y pro-

duzca monstruos como Mingrat, Molitor y Lacolonge.

¡Sálvense las formas y perezca la moral!

FRAY GERUNDIO

Eucaristía dinástica

Canalejas se ha unido con Cierva y con la Defensa Social para las próximas elecciones municipales de Madrid.

Irán á votar formando terno.

D. José con tricordio de ministro-presidente, haciendo de preste.

El obispo de Madrid de capisayo, haciendo de diácono.

Cierva adornado con los procesos de Montjuich, haciendo de subdiácono.

Canalejas cantará el *Miserere* con música de la Carmañota.

El obispo cantará la *Siciliana*, con música de *Tedeum*.

Cierva cantará el *Perdón, ¡oh Dios mío!* con aire de toque á la bayoneta.

Y todos tirando del carro eucarístico, serán coreados por el pueblo de Madrid, que repetirá el himno absolutista de 1824:

Pitita, bonita, con el pío-pío-pon,
viva el negocio y la religión;
rabie el que quiera Constitución,
¡kirieleyson!

Lo que liares en la tierra quedará liado en los cielos, ó un lío clerical

Habló *El Liberal* del día 10 de Octubre del año de gracia 1911, y dijo:

«A la puerta de una de las Salas de la Audiencia vimos ayer ciertos personajes que llamaron nuestra atención: un sacerdote joven y, al parecer, oídado de su persona; una muchacha de unos quince años, muy atildada, de aspecto agradable y aire desenvuelto, y una mujer ya vieja, de aspecto celestinesco.

Lo heterogéneo de esos personajes y lo casi sospechoso de su presencia en aquel lugar, nos intrigó.

Aumentó nuestra curiosidad el hecho de que la puerta del local junto al cual nuestros héroes se encontraban, estuviese cerrada á piedra y lodo.

El ujier lanzó al aire un nombre de mujer y entró entonces en la Sala la vieja de aspecto celestinesco.

Era la procesada.

Las puertas de la Sala continuaron después cerradas escrupulosamente.

Solamente de vez en vez las entreabría el ujier, para dar entrada ó salida á las personas que habían de deponer como testigos: primero entró la muchacha de aire desenvuelto; luego, el clérigo joven y cuidadoso de su persona; después, algunos otros.

La cosa era para intrigar, no ya á Narks, sino á otro cualquiera que no tuviera nada de cleróforo.

¿Que cuentas con las justicias podían tener el clérigo, la vieja y la niña? ¿Qué asunto escabroso se ventilaba ante aquellos magistrados, que así exigía el secreto del debate?

Indudablemente se trata—pensamos—de algún asunto en que la honestidad de alguna doncella u otro problema de tal índole, anda de por medio.

Tras no poco indagar y preguntar á los porteros y testigos, nos pusimos al tanto del proceso que se juzgaba.

Se acusaba á la vieja del delito de corrupción de menores cometido con su propia hija, la moza mencionada.

Lo curioso del caso es que la procesada había sido primero denunciante del cura, por suponer que éste había abusado de su retoño mientras estuvo á su servicio.

Pero el cura negó que fuera cierta la denuncia, asegurando que todo obedecía á una venganza de la procesada, por haberle negado 50 pesetas, y que él no había hecho otra cosa sino favorecer á la niña con una peseta diaria y ofrecerla que cuando tuviese algunos años más, la llevaría de ama á su domicilio.

Total: que á la madre le costó cara la denuncia, puesto que en vez de dirigirse el procedimiento contra el presbítero, se encontró con que la encartada fué ella. ¡Bonita jugada!

Y, para remate, el Jurado ayer, no obstante los esfuerzos hábiles y nobilísimos del defensor, Sr. Pastor, dictó contra la madre veredicto de culpabilidad, y la Saca le impuso la pena de dos años, once meses y once días de prisión correccional.

Si la procesada fué corruptora de su hija, como afirmó el tribunal popular, en obsequio de alguien se cometió el delito, y esa persona campa, sin embargo, por sus respetos.

De no poder declarar culpable á la madre y á su apadrinado, para entregarle la niña, á causa de no estar ese sujeto en el banquillo, ¿no hubiera sido más equitativo votar la absolución de la vieja?

Esto parece dictar el sentido común, el sentido jurídico y todos los sentidos.

Poco que se reirá el cura de la solución del asunto.

ANDRÉS NIPORESAS

Amigo Niporesas: ¡ni por esas!

No me intriga por esa intriga.

Desde que Estado, prensa, tribunales, clérigos, viejas, niñas, corruptores, acusadores y jueces; desde que *toda España*, en fin, estamos consagrados al Corazón de Jesús por nuestro gobierno soberano, incluso *El Liberal* y *El Motin*, todo ha de ser eucarístico por fuerza. Por lo cual al clérigo eucarístico corresponde una alcahueta eucarística y una corrupción eucarística y un jurado eucarístico y una intriga eucarística y una sentencia eucarística.

Un lio eucarístico que, como *hecho de la nación española*, quedó consagrado al Sagrado Corazón de Jesús, juntamente con el artículo de *El Liberal* y aun con este artículo.

Por lo cual yo me limito á rezar ante el Señor esta oración: «Os ofrezco, Señor Justo y Recto, este artículo del Sr. Niporesas, suplicando aceptéis el dictámen del Jurado como obsequio eucarístico. Os ofrezco, Señor, este ejemplo de este vuestro santo ministro, para que sea imitado de sus hermanos. Os ofrezco, Señor, esta divina comedia de una beata que vende su hija al sacerdote, á tres

años fecha; de un sacerdote, que acepta la oferta de la madre y la denuncia; de un jurado que condena á la madre como corruptora, y luego va á recibir la comunión de manos del sacerdote.»

Y después de rezar esta oración, duermo muy tranquilo.

Precaución higiénica

Los católicos portugueses refugiados en España, piden á los de aquí oraciones, penitencias y *dinero*, para ayudar á los que combaten la República en su nación, petición que amplían á todas las órdenes y congregaciones religiosas, por ser la causa de Dios la que defien-

den.

Con qué dinero, eh?

Sospecho que si se prohibiese tomar en boca el nombre de Dios para pedir dinero, pocos lo nombrarían.

¡Sin pesetas que se han estafado en su nombre!

Por esta razón, cada vez que lo oigo pronunciar, me abrocho prudentemente la americana. Y eso que nunca usé reloj, ni suelo llevar dinero.

Pero á Segura lo llevan preso, y más vale un por si acaso que un quien pensara.

Chismes clericales

Vaya, que no paso á creer esto que me dicen: que en la iglesia de San José, donde ejerce de párroco D. Donato Jiménez, se ha habilitado una habitación para que almuerzen, ó tomen un *lunch*, ó un chocolate (¡elegir) los que allí se casan; y que hace pocos días sirvió un almuerzo la casa Tournié.

Y no quiero creerlo, por aquello de que el gato escaldado, del agua fría huye. Allá por los años 84 ú 85 me vinieron con el cuento de que en la misma iglesia habían preparado una habitación para que los fieles aficionados á tirar de la oreja á Jorge, pudieran hacerlo sin peligro de caer en manos de la policía, y luego resultó que el mismo D. Donato desmintió la noticia. Y cuando él la desmintió, sería porque era falsa.

Voy sospechando si ese ilustrado sacerdote tendrá algún enemigo tonsurado del género guasón, que inventa esas cosas para molestarle; pues no es creíble que se le haya ocurrido hacer competencia á la Huerta en los banquetes de bodas.

Estaré prevenido por si algún día me viniese alguien con la noticia de que había amueblado *ad hoc* otra habitación para algún otro uso relacionado con el santo sacramento del matrimonio para mandar á paseo á ese alguacil; si es que no lo agarraba de la solapa y se lo llevaba á D. Donato para que hiciera con él lo que creyera justo.

Pues nada me revienta tanto como que me vengan con esos chismes, fraguados casi siempre en cabezas tonsu-

radas, y que tienden, no á corregir al que yerria como yo hago, sino á poner en ridículo personas respetables.

Después de todo, el que en una habitación de la iglesia almorzaran los recién uncidos al yugo matrimonial, ¿qué de particular tendría? Acabado de recibir el pan del alma, ¿por qué no tomar el del cuerpo?

Rociado por fuera el ídem con agua bendita, ¿por qué no humedecerlo por dentro con champagne? ¿Y por qué no sumar ese detal e más al recuerdo inefable del arrodillamiento ante el ara santa para unir lo que sólo desata la muerte?

Y al realizar todo en el mismo edificio ¿qué ley divina se infringe? ¿Qué precepto humano se vulnera?

Y si el ministro del altar que bendijo la unión es el que luego bendice las viandas, ¿qué más poesía? ¿Qué más dulce símbolo?.....

Sospecho que el inventor de la noticia, si lee estos renglones, maldecirá la hora en que se le ocurrió hacerla llegar á mí, creyendo que iba á tomar pretesto de ella para soltarle cuatro frescas á don Donato.

Que rabie cuanto quiera, con tal que aprenda para lo sucesivo que yo soy un *clerófobo* justo, aunque me esté mal el decirlo, y que no me presto á co-rear chismes y cuentos de sacristía.

ALMANAQUE

DE LA

INQUISICIÓN

POR

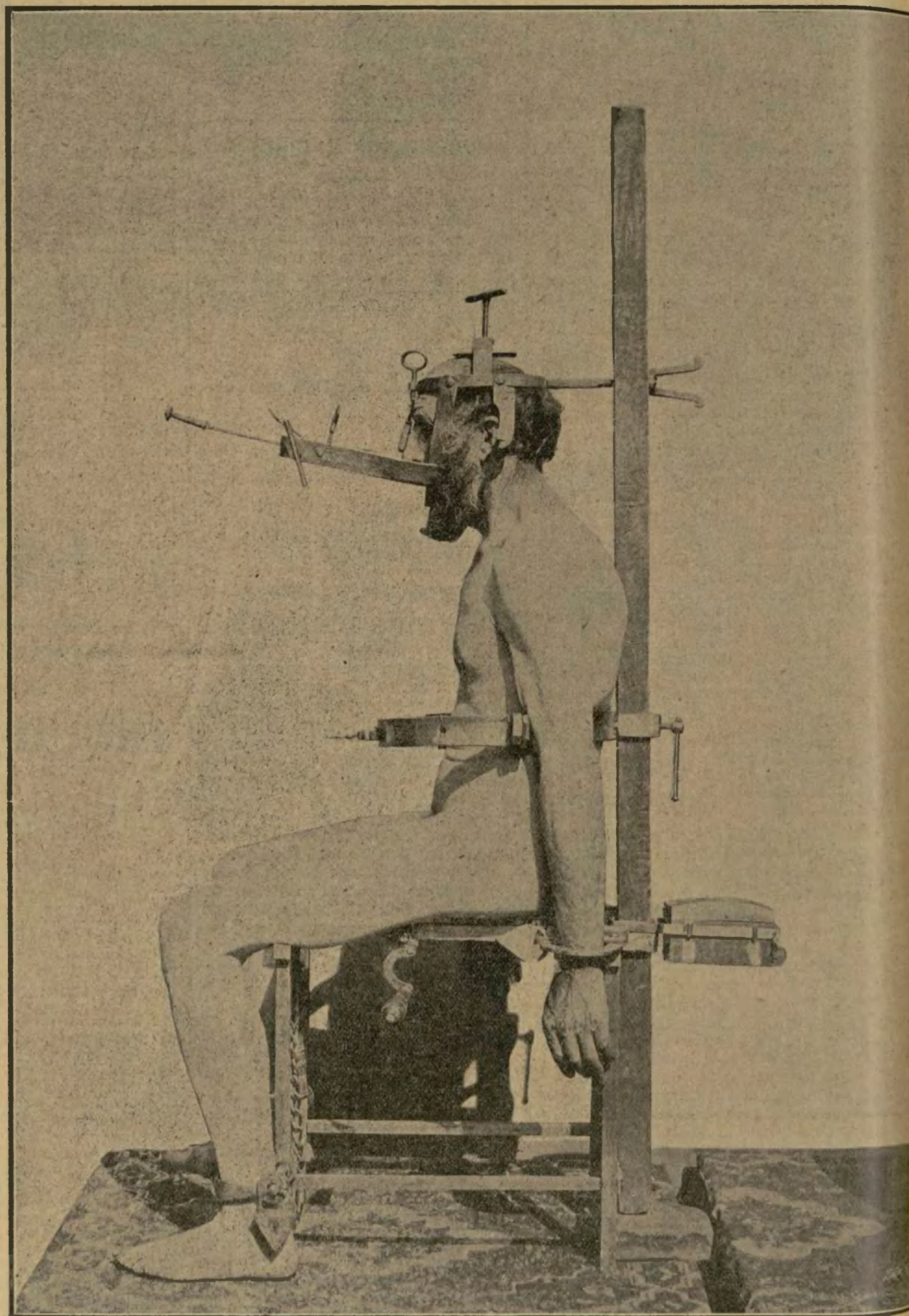
EL MOTIN

Precio: UNA PESETA

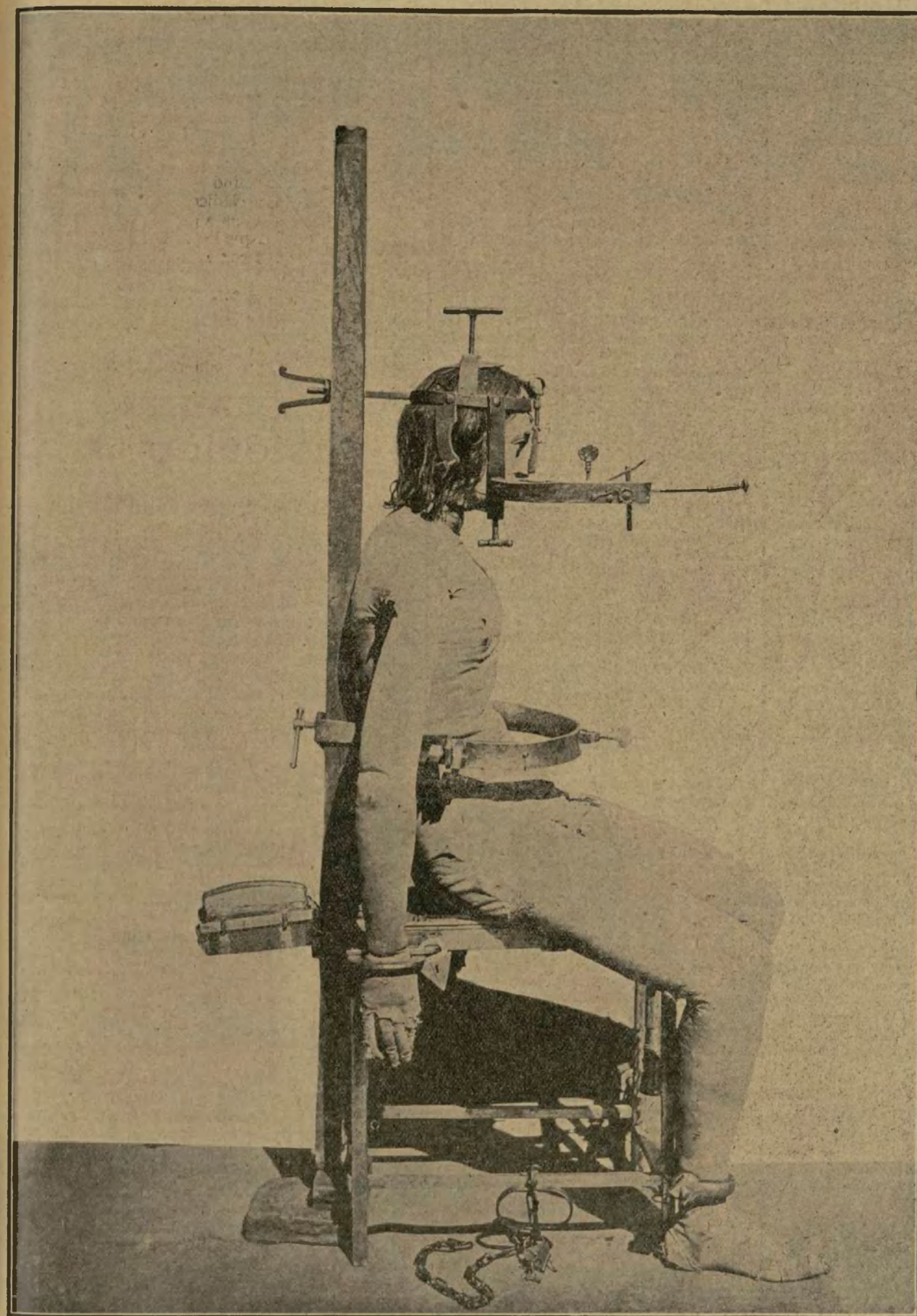
Cuando llegue este número á manos de los suscriptores, se habrá empezado á enviar los pedidos de este libro de 208 páginas y veinte láminas, cuyo índice es el siguiente:

Advertencia.—Dedicatoria.—Efemérides sangrientas.—La Inquisición y Dios.—Los dos evangelios.—La Inquisición vive y funciona.—El horror á la Inquisición.—La inmoralidad hereditaria.—Los tormentos.—La Inquisición instrumento criminal de robo y asesinato.—La Inquisición ante la ética histórica.—La Inquisición universal.—Los jueces de la Iglesia y las mujeres.—Abusos del confesonario.—Opinión sobre la Inquisición.—Dios ejecutado por la Inquisición.—El Museo de la Inquisición.—Sermón célebre.—A los municipios de España.—Más sobre los tormentos.—La tortura.—La suspensión del tormento.—La evocación del fugitivo.—El tormento del Pudor.—La resurrección de los muertos.—Las cárceles de la Inquisición.—El calabozo del tormento.—El suplicio del «Hábito».—El mayor suplicio.

EL MOTIN



Aparato de tortura procedente del Tribunal de la Inquisición de Cuenca.
Tercera aplicación



Cuarta aplicación

Verdadero Catecismo de la Doctrina Cristiana, para uso de las escuelas neutras

(Continuación.) (1)

LEC. XXXI.—DE LAS EXACCIONES
DE LA CURIA ROMANA

1. PADRE.—¿Has dicho que el Papa explotaba á los pueblos por malos medios?

HUJO.—Son innumerables: los principales medios de explotación eran:

1.º, los tributos de los soberanos, feu datarios de la Santa Sede.

2.º, los expolios y vacantes de los beneficios eclesiásticos, de los cuales el Papa usurpaba la propiedad.

3.º, los beneficios y rentas de obispos y párrocos, que adjudicaba á sus favoritos.

4.º, las reliquias, indulgencias y gracias pontificias.

5.º, las dispensas y absoluciones, títulos pontificios y donaciones.

6.º, las confiscaciones de la Inquisición, jubileos, cruzadas y propaganda.

LEC. XXXII.—DE LOS BIENES
DE LA IGLESIA

1. PADRE.—Las propiedades eclesiásticas ¿son legítimas?

HUJO.—No, señor sino que tienen muchas causas de ilegitimidad.

P.—Señálame algunas de las procedentes de la voluntad de los fieles.

H.—1.ª, que proceden de la piedad del pueblo, el cual dió sus bienes para un fin santo y cristiano y no para fines malvados.

2.ª, porque se daban á la Iglesia cuando la Iglesia era compuesta de todos los fieles y el clero era sólo administrador y no dueño; y al hacerse dueño los ha robado al pueblo.

3.ª, porque los donantes jamás tuvieron intención de crear un clero inmensamente rico sobre un pueblo inmensamente pobre.

4.ª, porque muchos de estos bienes proceden de engaños de ancianos sin uso de razón cabal; de dotes de jóvenes inexpertos seducidos en los conventos; de reos de la Inquisición injustamente condenados; de pieitos ganados por medios ilegítimos; de usuras infames; de restituciones defraudadas á sus dueños legítimos; del fraude cometido á pobres á quienes iban destinados; de la simonía y comercio con los pecados; de dispensas para cosas ilícitas, como el perjurio; de absoluciones arbitrarias, de crímenes sin reparar el daño y de otros orígenes parecidos.

LEC. XXXIII.—LAS ÓRDENES RELIGIOSAS ANTE LA CRÍTICA RACIONAL

1. PADRE.—¿Se puede llegar á formar un juicio imparcial sobre la utilidad de las Ordenes religiosas?

HUJO.—En los hechos históricos que comprenden tan gran número de casos particulares los más contrarios, períodos tan largos de tiempo, y lugares tan remotos entre sí, se hace siempre difícil formular un juicio general equita-

(1) En la numeración de lecciones se repite la del núm. 21. Por no recordar de nuevo, téngase por advertida esta diferencia que se subsanará al hacer la recapitulación con las observaciones recibidas.

tivo. Así si se toma todo lo bueno de los individuos (excluyendo todo lo malo) y atribuyéndolo á las Ordenes, como hacen los apologistas, resultan centros de santidad admirable; el que elige todo lo malo y excluye todo lo bueno, saca un centro de iniquidad horrible. De donde proviene que unos las adoran y otros las abominan.

2. P.—Sin embargo, precisa fijar el juicio en esta materia de tanto interés. ¿Cómo podremos formarlo?

H.—Primero: debemos considerarlas en relación con la moral del tiempo en que nacieron, y encontraremos que solían marcar una orientación moral progresiva; pero habiendo progresado aquella moral pública y no habiendo progresado la moral monástica, lo que en su tiempo fué moralizador, más tarde se ha hecho desmoralizador.

3. P.—¿Qué más debemos discurrir?

H.—En el juicio del vicio ó virtud de los individuos en relación con las Ordenes, debemos analizar si los individuos obraron por impulso espontáneo ó por presión de la Orden; y en este punto hallamos que habiendo sido poquísimos los buenos y muchísimos los malvados ó indiferentes, la influencia educadora de las Ordenes ha sido más perjudicial que provechosa, pues muchos que fuera de ellas habrían sido honrados, por su causa fueron villanos; y muchos que en ellas fueron anulados, fuera de ella habrían sido héroes.

4. P.—¿Hay que considerar otros hechos?

H.—Dos hechos hay que considerar: 1.º que las Ordenes religiosas fueron, y en parte son, asilo de fracasados, de impotentes y de degenerados, que acuden á ellas como recurso suicida, y en este sentido prestarían un gran servicio social si á estos individuos los rehabilitasen para la vida social. 2.º, que acuden muchos criminales para enterar la memoria de sus crímenes. En lo cual podrían prestar el servicio de presidios correccionales si en vez de someterlos á explotación los llevasen á la regeneración. Estos servicios los de cantan los clericales, callando el hecho de que el que allí entra inhábil, sale más inhábil, y el que entra criminal sale más criminal, á no ser que mueran allí esclavos de las Ordenes.

5. P.—¿Qué hay que decir de las Ordenes con respecto á los Estados?

H.—Que se observa la astucia con que la Iglesia recoge las heces sociales abandonadas por la incultura de los Estados, las heces de la enfermedad física, de la degeneración, del vicio y de la vejez, como excrementos sociales, para cultivarlas en sus muladares y extraer de su beneficencia la esclavización de estos protegidos y la veneración pública, presentándose como suplente de las omisiones del Estado.

S. P. O.

(Se continuará)

Cría cuervos...

Un P. Hita predicó en Vitoria contra la Mala Prensa.

Dijo que todo el que compra cualquier *infernal papelucho*, (*Imparcial*, *Liberal*, *Hera do*, *Epoca* etc., etc.), incurre en falta grave.

Exhortó á todo católico que se tenga por decente, á que vigile para que no entren en sus casas esos periódicos.

Que si tiene alguno necesidad de leerlo por el destino ó empleo que desempeña, «que lo tome de otro», pero nunca lo compre; que no lea más que la parte que necesite conocer y jamás lo haga en público; y en cuanto no lo necesite lo arroje, no al cesto de los papeles, sino al fuego, para que ni aun la ceniza quede». Y terminó recomendando la compra de los periódicos católicos.

Lo que trasladó á los anteriormente citados y á todos los que le hacen el juego al clericalismo, ó con sus alabanzas ó con su silencio.

Pues ya ven, si por este medio piensan ganar la salvación eterna, que no es posible.

Los corredores de ese negocio de la salvación, no quieren entenderse con ellos.

Histórico

Supongamos que la escena ocurre en una parroquia de Levante.

Cuatro currucas son sorprendidos en partida de treillo por la llegada del cartero llevando unas circulares del libro *Proceso y fin del celibato*.

Cada cual coge la suya, devorando, mejor que leyendo el texto.

Al terminar la lectura, tres de ellos se miran como interrogándose.

El otro vuelve á repasar el escrito absorbiéndose en él...

—Oye, tu... —dícele uno de los otros.

—¡Calla... co...! (y sigue leyendo).

Terminado el repaso, se mete la hoja en el bolsillo, diciendo:

—Si llegan á enterarse ellas... nos ha reventado...

Estas ellas son las amas y devotas.

La propaganda republicana en el campo

La cualidad que más admira el campesino es la energía, la virilidad, tal vez porque sea esta cualidad la que más escondo ó menos poseo.

El obrero del campo, por ser ineducado, por la clase de trabajos que realiza, por el mismo medio ambiente en donde vive, ha de ser forzosamente tosco, brusco, varonil. Pero la sumisión desde pequeño al amo que le da el jornal, la costumbre de ser tratado con dureza, sin revolversse nunca contra quien le manda, efectúan una castración intelectual que con frecuencia le convierte en un hombre servil para los que considera superiores en posición social, cruel para los suyos ó los que están bajo su nivel.

Todo esto influye poderosamente en la admiración que le produce un rasgo

de energía, una muestra de virilidad en aquel que predica con palabras y hechos.

Hay en esto algo de inferioridad que le asemeja al esclavo. Así como el indio que si ve á su señor se despidió del amo cuando no le pega, por achacar la falta de golpes al roco interés del amo por él; así también como la mujer de las más bajas clases sociales se satisface con las palizas que le proporciona el marido que así, según ellas, les demuestra el cariño; así también el campesino tiene mayores simpatías por quien sabe usar la dureza á tiempo, pues, á su juicio, esto equivale á ser valiente.

Hay también otro motivo, por el cual el labrador gusta del hombre que se enfada, y éste pertenece á las muchas reglas contenidas en esa *gramática parda* que forma toda su ciencia:—El hombre enfadado, una vez que pierde los estribos—dicen no sin cierta razón—habla lo que piensa y se da á conocer tal cual es. Verdad es que para llegar á conocerle habrá que sufrir unos cuantos insultos; pero esas cosas no quitan dinero, y el desconocer á un hombre puede, á la corta ó á la larga, costar los cuartos.

Ved por este botón de muestra cómo la desconfianza y la malicia serán los mayores obstáculos que se opongan al propagandista republicano en el campo y cómo para vencerlas necesita deirochar sinceridad y enegía.

He sido testigo de un caso que pinta claramente al campesino, estudiado bajo este aspecto. En un pueblecillo que no hace al caso nombrar, y por causas ajenas á toda política, un hombre muy conocedor de los obreros del campo los reunió una noche en el más espacioso local del pueblo y los desafió en conjunto, insultándoles gravemente y con frases destempladas, pues la razón que le acompañaba y lo irritante del asunto que trataba, le llevó á cegarse por la ira. Yo escuchaba con asombro aquella explosión de gritos, y con cierta intranquilidad aguardaba el desenlace. Después de unos momentos de silencio le pidieron mil perdones unos cuantos y se terminó la reunión. A la salida habló con muchos de los asistentes, y cuando yo esperaba en ellos palabras agrias contra quien los insultó y retó, me sorprendió la unanimidad del juicio que todos hacían de aquella persona:

—¡Eso es un hombre! ¡Tiene los riñones en su sitio!—decían admirativamente.

Aquellos desplantes habían conquistado á todos.

Después he visto, en puebsos más importantes, pero donde el campesino es el mismo, políticos que hablaban con elocuencia y que adulaban indeciblemente á los oyentes y he pensado, sin equivocarme en el juicio, que todo aquello era un sermón perdido.

JOSÉ ARAGÓN

Desde el cortijo (Sonetos... hasta cierto punto)

Los almiarés

—Vistos del sol muriente á los reflejos,
montes parecen de metal dorado,
ó alcázar por las hadas fabricado,
mirándose del río en los espejos.

—¿Alcázar? Puede ser... pero de lejos;
acerquese y verá que se ha engañado.
Es la paja, señor, para el ganado.

—Me acercare tomando tus consejos.
No se puede dudar. Se ve y se toca;
son de pajas montañas colosales.

—Og ño la cosecha ha sido loca:
lo menos ha de haber tres mil quintales.
—¡Cuánt paja!—Señor, pues toda es poca.
¡Tantos son á comer los animales!

La tradición

—¿Tú lo sabes, zagal? Me han referido
que de esta cueva en el recinto extraño,
y en oración constante, un ermitaño,
mucho tiempo hace ya vivió escondido.

Y cuentan (más que cuento es sucedido)
que de un amor lloraba el desengaño;
y referen por fin, que muerto antaño,
sus huesos de la tierra han extraído.

—¿Y así, señor, el caso refirieron?
Pregúntelo, pregúntelo á mi padre,
y le dirá que todo es bobería.

Si, señor; unos huesos descubrieron:
los huesos de la burra de mi madre
que aquí enterró mi abuelo cierto día.

¡Para que te embobes!

Escondido en los juncos de la orilla,
á la vez temeroso y anhelante,
veo llegar en venturoso instante
á la hermosa y alegre pastorella.

Rápida se desprende la sencilla
saya que la aprisiona, y, palpitante,
mira en las aguas su beldad radiante,
que más que el sol esplendoroso brilla.

¡Cuál el arroyo su beldad refleja!
¡Cuál Favonio suavísimo resbala
por el cabello á las espaldas suelto!

Y llega el rabadán que la corteja,
me sorprende atisbando á la zagala
y me da un bofetón de cuello vuelto.

La arcadia moderna

Busaba yo por monte y por prado,
por valle, por colina y por collado,
por la margen del río sosegado,
por soto, por umbria y por ladera,

busaba la Amarilis hachicera,
la Circe de albo seno y sonrosado,
la Flérida de acento regalado,
la Filis de mirada p'acentera.

Yo la buscaba ansioso, hora tras hora,
con el afán del señor amante
que suspira en las cárceles humanas,
por estos campos, que el Abril decora;
y ¡oh sueños del poeta delirante!

Solo encontré las Pepas y las Juanas.

D. LORENZO DE MIRANDA

El párroco de Mora de Ebro denunció ante el juzgado á tres carreteros que al subir una pendiente cada uno con su

carro, no se quitaron la gorra al pasar él acompañando un entierro.

Hizo bien; ya que no saben vivir de gorra como él, que se quiten ante él la gorra.

El que trabaja para que vivan los vivos, será siempre inferior al que vive de los muertos.

Progreso en todo

Ha ido á Lourdes una niara de peregrinos de la provincia de Badajoz, compuesta de unas cuatrocientas unidades: de ellas van en 1.ª y en coches salón doscientas diez y siete.

¡Qué cómodamente se gana hoy el cielo!

Da gusto; no como antes que había que peregrinar á pata, descalzo, pidiendo limosna y repartiendo piojos.

¡Y luego reniegan del progreso los católicos!

Mal rayo los parta.

La plancha "arquitectónica"

En Roma se celebra un Congreso internacional de arquitectura, en el cual los arquitectos eucarístico-monárquicos (por abuso de lenguaje llamados españoles) brillaron por su ausencia.

El presidente del Congreso acusó esta ausencia y la atribuyó á propósitos de los arquitectos de la nación católica y de viva el Papa Rey!, de no cooperar á un Congreso que se celebraba en conmemoración de la caída del trono pontificio.

¿Podían hacer otra cosa los arquitectos catedrales, basílicos y monásticos? De haber cooperado á tal profanación del Sacro Imperio Pontificio, ¿no se habrían reos de la excomunión contra el rey excomulgado, que se sostiene enfrente de nuestra monarquía católica? ¿Era cosa de que los autores de los arcos eucarísticos de Madrid fuesen á celebrar las fiestas de Garibaldi?

Muy lógicos son estos rancos y ejemplares propósitos de los arquitectos sedicentes españoles (léase eucarístico-monárquicos); se abstuvieron de abri llantar con la gentileza de sus cuerpos arquitectónicos y con el esplendor de su genio eucarístico la fiesta de la Arquitectura mundial, porque «su arquitectura no es de este mundo».

El presidente de la Asociación, señor Lámparas (como dicen eucarísticamente los franchutes) ó Lampérez, que dicen los jesuitas, notificó al presidente del Congreso la abstinencia española en esa fiesta de promiscuación, callándose que fuese por eso á aumentar la amargura del Pontífice, grandemente afligido por tales fiestas, sino que dijo haberse abstenido por no haberse aceptado el idioma latino de la misa, digo, el idioma español, como oficial del Congreso.

Los del Congreso no se tragaron la excusa y denunciaron esta ausencia como un acto religioso y devoto de nuestros arquitectos catedrales y pontificios.

Este testimonio, que honra á la nación

católica por demostrar lo monumental de nuestra fe, más inmovible que la romana, no le pareció bien al gobierno, que quiere nadar en aguas vaticanas guardando la ropa democrática, por lo cual, á la faz del mundo rechazó como injurioso este calificado de catolicidad que tanto nos habría dignificado delante de Dios y de la Iglesia Santa.

Y ahí comenzó el lfo arquitectónico-eucarístico-democrático, que el eucarístico *Imparcial* sacó á la fachada de su primera página.

—¡Mentira!—exclamó el gobierno ante la plancha monumental del Sr. Lámparas;—España comulga con el rey excomulgado, y en prueba de ello ahí va un representante del gobierno, que ahora asume las facultades arquitectónicas, saltando por encima del señor Lámparas.

Este señor, por su parte, como si temiese que el pastel monumental que acababa de servir al mundo fuese poco digno de su arte, hizo publicar en la prensa una carta, bastante mal redactada, protestando contra la no aceptación del español como idioma oficial del Congreso aquel, en vez de dimitir el cargo y de ir á solicitar del Papa la cruz, *pro Ecclesia et Pontifice*, tan bien ganada.

Algunos dijeron que esa protesta su ponía que ningún arquitecto español sabe hablar francés ni italiano, únicos idiomas del Congreso; que lo más que saben es el *kirie eleyson* y el *oro pro nobis* que suelen grabar en sus monumentos. Pero esto es muy falso.

Lo que ocurre es algo peor, á saber; véase la respuesta excomulgada con que nos han dado en los nudillos, saca da también de *El Imparcial*:

«El embajador de Italia visitó al subsecretario de Estado para entregarle la siguiente nota:

«La exclusión de la lengua española en el Congreso internacional de Arquitectura no se ha debido á los organizadores del mismo, sino al reglamento del Congreso anterior celebrado en Viena, reglamento que el Comité permanente de Roma no tenía facultad para modificar.»

De modo, que resulta, que nuestros arquitectos eucarísticos no sólo no conocen el francés y el italiano, sino que ignoran hasta el *idioma arquitectónico* y que todavía no se han enterado de los acuerdos del otro Congreso de Viena.

¡Estamos lucidos con estas Lámparas, y con estos Gobiernos democrático eucarísticos, que tienen un pie en la Eucaristía y otro en la Democracia!...

Ni aun para jugar al trampolín sirven: les falta habilidad y arte.

¡A hacer basílicas, señores Lámparas y Lamparillas, y á callar!...

¡Qué horror!

Descripción que hace un periódico de Vitoria de un sermón disparado en la iglesia de San Miguel por un fraile:

«Nos habló después del juicio final pintándonos un cuadro tan aterrador, que al reflexionar en ello no hay corazón humano que se resista, y no implore el perdón, Dios mío; nos pintó el tribunal de Dios, las sentencias terribles pronunciadas por el Juez Supremo, y las palabras que pronunciará: «Padre,

castígalos, [porque supieron lo que hacían.»

«Nos retrató el coro de ángeles y arcángeles, con sus trompetas rodeando á los justos, subiendo á los cielos, entonando cánticos al Rey de Reyes; y haciendo contraste con este cuadro hermoso é ideal, las puertas del infierno abiertas de par en par, dejando ver las cataratas de fuego para abrasar á los condenados, los cuales no cesarán de clamar y chillar; y á lo mejor padres, hermanos, esposos, querrán subir al cielo á sus hijas, á sus hermanas, á sus esposas; cuadro terrorífico resulta descrito, pero nada comparado con la realidad.»

Prescindiendo de lo pésimamente que está hecho el relato, ¿han visto ustedes qué cosa tan horrible?

Desearía saber quien le ha contado todo eso al fraile ese: debe ser persona que habrá presenciado otro juicio parecido, y calcule por esto cómo debe ser el final.

Pues no quiero suponer que el revelando haya inventado esa serie de horrores para que repercuta en el bolsillo que los fieles llevan sobre el corazón.

Leyenda tártara

El Supremo Constructor de todas las cosas, después de crear al hombre, arrepintióse de la perfección relativa de su obra y pensó en rodearle de toda clase de obstáculos y molestias.

Para privarle, en determinada hora del día, de la vista del astro benéfico, el Sol, creó la noche.

Y dijo:

—Hombre: Desaparecerá la luz diariamente y no verás ni conocerás á tu hermano, ni á tu padre, ni á tu amigo. Vagarás perdido entre las tinieblas.

Pero el hombre se rebeló. Descubrió el fuego é inventó la luz artificial.

Entonces el Constructor, de ató las cataratas de las nubes con objeto de anegar su refugio y calarlo hasta los huesos.

Pero el hombre construyó buenas bañas, luego casas y palacios, y además fabricó paraguas é impermeables.

Luego, el Supremo Constructor, sin darse por vencido, pensó en helarle de frío.

El hombre se hizo confortables viviendas con estufas y todo género de calentadores, abrigándose él mismo convenientemente.

Después le envió el rayo que fulminaba.

Y contra el rayo, opuso el hombre el pararrayos.

Quiso poner freno á su facultad de trasladarse de un punto á otro, concediéndole unas piernas que no podían competir ni con las patas de un caballo matalón.

Y fué el hombre, é inventó el carro, la diligencia, el ferrocarril y el automóvil.

No podrá comunicarse con sus semejantes rápidamente, y estará aislado, pensó.

Y el hombre ideó el correo, el libro, la prensa, el telégrafo de alambres, el teléfono y luego el telégrafo sin hilos.

El Supremo se iba dando por vencido, pero el Diablo, que no holgaba en su trabajo de reventar al hombre, se dió una palmada en la frente y dijo al Constructor de todas las cosas:

—No te empeñes en detener el paso del hombre hacia el progreso, porque seguirás fracasando. Encomienda esa misión al ser más maligno que has creado, y él quizás lo consiga.

—¿Y qué ser es ese?

—El fraile.

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona, Octubre 911.

Cómo moriré en el seno de la Madre Iglesia

Del librito *El triunfo del tradicionalismo*, en que se anticipa lo que sucederá en España cuando triunfen los carcas:

«Había una cosa que preocupaba grandemente al Señor (don Jaime), al Gobierno y á toda la Nación.

Era ello el maldito director de *EL MOTIN*; aquel hombre aborto de los Infernos, concepción terrible de una mente satánica, que se llamaba JOSÉ NAKENS, el abuelo, como le llamaban los suyos.

Desde que desapareció la República había huido de Madrid, sin que pudiera saberse á dónde había huido ni dónde se había refugiado.

Pero lo verdaderamente grande, lo verdaderamente asombroso, lo inconcebible, era que semanalmente apareciera su vergonzoso semanario, escrito como antes y aun si se quiere más lleno de injurias y de crímenes. Lo mismo sucedía con sus *Hojas Piadosas*, que aparecían periódicamente sin ninguna interrupción.

Una semana, por ejemplo, la edición de *EL MOTIN* aparecía en Barcelona; la siguiente en la Coruña; la otra en Cádiz, y la otra en Huelva.

Hoy era en Madrid donde las calles aparecían sembradas de *Hojas Piadosas*; mañana en Santander, pasado en Murcia y al siguiente en Salamanca.

El cinismo, el desparpajo y la desvergüenza de que en aquel entonces hizo gala el encubridor de Morral están fuera de toda ponderación.

Cuantos más policías se ponían en su persecución, cuanto más se aumentaba el precio del premio que se ofrecía por su cabeza, más cínicamente escribía él y más se burlaba de todo el mundo, hasta el punto que no es exageración decir que toda España bucabá á Nakens, y Nakens se burlaba de toda España.

Aquello, naturalmente, produjo un gran disgusto al Señor.

Pero cuando el escándalo llegó á rebasar ya todos los límites de la indignación y del estupor, fué el hallar al encubridor de Morral muerto, colgado de una de las grandes arañas de la Iglesia de San Francisco el Grande de Madrid.

¡En Madrid! ¡En el mismo Madrid! Allí estaba el cuerpo gido, frío, ile

vando un papel apuntado con un alfiler en la solapa de la americana.

Aquel papel era una carta que el cínico dirigía al Señor, documento irreverente, grosero, canallesco y desvergonzado como todos los suyos, y que sin quitar punto ni coma me atrevo á publicar, pidiendo antes al Señor y al Altísimo me perdonen en gracia á mi labor reporteril.

Decía así:

«Amigo Jaime: Ya ves cómo es inútil todo cuanto has hecho contra mí. Me he burlado de ti y de los tuyos en vuestras propias barbas, y voy á morir satisfecho de haberos hecho la santísima, y, lo confieso, un tanto amargado porque mis correligionarios se han dejado dar... por vosotros. Me suicido, y me suicido aquí, en una iglesia, para reirme más de vosotros.

»Ya sé que luego os cebaréis en mi cuerpo, pero como que yo no lo sentiré, me río de antemano.

»Conste que he hecho todo esto... en Dios, al menos diez veces por minuto, de manera que puedes calcular lo que hubiera podido hacer si me encomiendo á El.

»Te deseo muchos años de vida y muchas novicias en tus conventos, á los cuales ya sé que has hecho comprar una magnífica farmacia, ¡porque tú estás tan malo!... ¡Paris es tan sucio!...

»Si has de dar á comer mi carne á tus fieras, haz antes que me asen en una parrilla, porque, aunque soy tan viejo, la tengo aún muy dura, muy dura... ¿Te sirve?

»Gracias por haberme hecho el honor de perseguirme tanto, y piensa que si hay Dios aún podremos vernos, porque, en tomando un baño en el Purgatorio, puedo entrar en el Cielo.

»No me sabría mal por ti, que al fin eres un muchacho francote, amante de la juerga y del mujerío, pero, la verdad, me molestaría por Cucala, Savalls, Arbués y tu padre, que en tal caso podrían aún guardarme rencor.

»En fin, ¿qué le haremos, verdad?

»Tuyo por defunción,

JOSE NAKENS.»

La noticia de aquel hallazgo, repito, produjo en Madrid una sensación de rabia y de vergüenza fuera de todo límite.

El Señor ordenó que se descolgara el cadáver y que el Inquisidor general dispusiera lo que hubiera de hacerse con él.

Pero el pueblo penetró lleno de ira en la Santa Casa, descolgó el cadáver y atándole una cuerda al cuello lo arrastró por toda la ciudad, escupiéndole, tirándole piedras y cuanto venía á mano.

Un anciano que había servido á las órdenes del conde de España se abrió paso entre la multitud enfurecida, y sacando una navaja dió en el cuerpo del suicida un tremendo golpe, chupándole después la escasa sangre que le quedaba.

Aquel acto fué imitado por otro y otros, y pronto el cuerpo del que fué espanto de políticos pusilánimes fué una verdadera carnicería.

Entonces una señora anciana cortó con unas tijeras un dedo del ajusticiado, iniciando así una verdadera reparación de aquella carne, ya putrefacta.

Todo el mundo se llevó un trozo, grande ó pequeño, del cuerpo de Nakens, del cual no quedó más que un pequeño reguero de sangre que marcaba su paso por las calles.

Al día siguiente, el Señor y el Inquisidor general publicaron un mensaje al pueblo alabando aquel acto de vindicta popular.

En verdad que no se merecía menos aquel aborto del Averno.

La paz del Altísimo sea con él.

¡Car...pe con el autor del librito!

Confieso que el suicidio es ingenioso, artístico, glorioso y envidiable, así como el entierro y el funeral; mas se le ha olvidado vestirme con mitra, pectoral y capa magna, que es como debe morir un pontífice de las tinieblas.

Aflígeme el pensar que en vez de esta muerte tan vistosa, me haya de contentar con una miserable pulmonía, un cólico hepático, un ataque cerebral ó cualquiera enfermedad de esas que paralizan el cuore.

Pero, en fin, sea lo que Dios quiera. Cuando El me tiene aquí tanto tiempo, será porque le conviene; y cuando me deshucie de esta vida, será porque me convenga. Yo seguiré acatando su santa voluntad y juro no revelarme contra ella ni aun después de muerto.

Lo único que sentiría es que, en un rasgo de bondad infinita, le diese por perdonarme á última hora, y me embutiera en el cielo.

He halagado durante toda mi vida la idea de ir al infierno, y me contrariaría mucho no realizarla. Además, sentiría encontrarme en el cielo con Cierva, Comillas y demás tipejos ahorcables que asistieron al último Congreso Eucarístico. Y lo sentiría, no sólo por la natural repulsión que hacia ellos siento, sino por si esto me hacía dudar de la justicia de Dios, idea que me horroriza.

Pero basta de charla; tratando de estas cosas, no sé dónde cortar. Me voy yo mismo dando cuerda sin advertirlo.

Regocijo explicable

¡Y hay quien dice que el clero no es patriota!

Veán ahora á los obispos italianos lanzando bendiciones á destajo sobre las tropas del rey excomulgado que van á Trípoli á escabechar turcos.

Y no se me argumente que lo hace por lo contento que está al ver que hay guerra, y que en la guerra mueren hombres, y que sus familias encargarán luego misas; pues rechazaré el argumento.

No; su alegría se basa en estos versículos que debieran existir en el Evangelio:

«Y procura que los hombres se exterminen unos á otros.»

«Y regocijate en espíritu.»

A dos beatas gijonesas

Apreciables hermanas en la especie, no en las ideas, en las costumbres, ni... (me atrevo á decir) en las virtudes.

Como es uno de los deberes anexos á la naturaleza humana proclamar la verdad, os dirijo la palabra para ver si entra un rayito de la luz de mi verdad en vuestras mentes, y os permite salir de la categoría de animalines irrespon-

sables, guiados por toscos rabadanes, á la de criaturas pensantes y obrantes con arreglo á la purísima moral de amor al prójimo.

He aquí los hechos de autos: Una mañana, de sol abrasador, habéis llegado á los alrededores de mi casa, buscado un grupo de aldeanos, ocupados en sus faenas agrícolas, y habéis entablado con ellos la siguiente conversación:

Vosotras.—¿Quién vive en aquella casa?

Aldeano primero.—Una doña Rosario Acuña.

Vosotras.—¿Y vive sola?

Aldeano primero.—No; que vive muy bien acompañada.

Vosotras.—Sí; sí; acompañada de sus maldades y perversas ideas... ¿Y qué dice aquel letrado de la puerta?

Aldeano segundo.—No lo sé, ni nos ocupamos en leerlo.

Vosotras.—No dirá más que picardías y nada bueno dirá.

Aldeano primero.—Oye, tú; esa mujer podrá pensar y tener cuantas ideas quiera, y en esto no me meto; pero lo que no hace es ir á indagar vidas ajenas, ni á quitar honras, ni á ser maldiciente; á nadie roba...

Vosotras.—¡Eso sólo faltaba: ser ladronal!

Aldeanos primero, segundo y tercero (casi á un tiempo).—Y ya estáis marchando de aquí, brujas, si no vais á correr más que á paso...

Vosotras (mis antojos marinos os vieron) salisteis á paso de carga, cuesta abajo del cerro, y no parasteis, hechas dos tomates, hasta llegar á la playa, donde os desplomasteis rendidas de cansancio, y con seguridad de ira, por no haber podido sembrar en el corazón de los vecinos de mi hogar toda la simiente de injurias, calumnias y vilezas que os habían metido entre pecho y espalda los que manejan vuestras mentes de animalitos irresponsables.

Y vamos á cuentas; en el preámbulo de vuestra conversación, interrumpida por esa clarividencia de la verdad que poseen los hijos del campo, se ve claramente que vuestra intención era prender el hilo de un largo capítulo de cargos hacia la persona, mis costumbres, mi hogar y mi familia, cargos que dejarán en los oyentes, por lo menos, la duda de mi honradez, de mi moralidad, de todo lo que constituye la personalidad honorable de mi ser, para que, perdido el respeto y la estimación por parte de mis vecinos hacia mí y mi casa, se entrara, luego, en el segundo capítulo de la guerra á muerte que la Iglesia tiene declarada á todos los seres que nos hemos separado de ella, conscientemente y terminantemente.

Vosotras, como antes dije, erais las sembradoras de las futuras pedreas de mi hogar, de los futuros insultos á mí y á los míos, de la invitación á robarme mis obreros ó criados (por aquello de que á un hereje se le debe robar sin escrúpulo). Vosotras erais, aquella tarde, la representación de dos furias inquisitoriales destacadas de un aquellarres católico, para envenenar las fuentes de mi vida moral, y dejar preparado el posible aniquilamiento de mi vida física.

Cuando pienso, con la lógica que la premisa de vuestra conversación impone á mi mente, en todo el daño que queríais hacerme, me sonrío dulcemente, con una piedad hacia vosotras tan gran-

de casi, como vuestra maldad hacia mí. Vengamos á razones, ¡pobrecitas mujeres! Con vosotras no va nada, pero así como vinisteis, echadas desde el confesionario ó la sacristía... (una de vosotras me ha dicho que era hermana de un buen republicano) en son de mensajeras, ó soplonas, así tengo que dirigirme á vosotras para que llevéis mi contestación á quien os enviara.

Hace ya mucho tiempo, 40 años, que coloqué en montón, delante de mí, lo siguiente: Posición social brillantísima, renombre literario, como ni lo soñó siquiera ningún pipiolo de los que ahora nacen á la vida intelectual, puesto que, á los veinte años, los círculos madrileños de la más alta mentalidad, y las muchedumbres á la vez, sembraban de laureles y rosas mi camino; y todos los grandes críticos de la mitad del siglo XIX rendían parias de admiración ante mi figura de niña rubia, cantada en entusiastas estrofas por los grandes poetas de mi tiempo; Ayala, Harzenbuch, Campoamor, Duque de Rivas, Núñez de Arce, etc., etc.

Al lado de estos dos montones hice otros: el de la paz de mi hogar enterita (he ostentado el apodo de la buena esposa); el de mi riqueza, algo cuantiosa, de la que me despojé ante notario, para dejársela á mi madre y quedar libre... ¡libre! de todas las zarandajas de los intereses materiales; á todos estos montones del pasado, y del entonces presente, uní, mentalmente, todas las bendiciones que pudiera guardarme el porvenir, alegrías, salud, bienestar, estimaciones, afectos, compañías... ¡todo lo que constituye la felicidad de la vida, y cuando estuvo todo bien amontonado, y medí toda la inmensidad de bienes que perdía, y toda la hondura, oscuridad y avidez del abismo donde iba á tirarme, arrojé aquel montón de cosas á la inmensidad del no ser, y me hundí de cabeza en la cima de la rebelión, abrazada mi alma á esa *renuncia voluntaria antes del vencimiento* que, según el sabio fisiólogo Munsdley, constituye el más alto vigor de la razón y de la voluntad. ¡Figuraos, por todo lo expuesto, pobrecitas beatas que vinisteis como gozquecillos falderos á ladrar á mi puerta con qué inmensa piedad miro vuestros manejos, desdichadas ignorantes, incapaces de inteligencia y de corazón, para colocaros en el plano donde hace cuarenta años vengo desenvolviendo las actividades de mi alma!

Podría ampliar más este asunto, pero me repugna profundamente hablar de mí misma; y si os he dicho todo esto, es para que midáis, por el daño que yo me busqué, por el que me hice, y por el que espero sufrir, la insignificancia del daño que vosotras queráis hacerme. ¡Os aseguro que casi siento que no pudiérais prender la hebra de vuestra maldad en el pensamiento de mis humildes vecinos!

¿No sabéis que á ningún árbol de mala fruta se le apedrea?

¿No sabéis que á ningún justo se le adula, ni se le sigue?

¿No sabéis que á ninguna tierra estéril se la labra?

De trece amigos á quien amaba como hermanos, que tuvo Cristo, uno le vendió, otro le negó, y los demás echaron á correr al verle preso.

Hay que desengañarse: el odio se arremolina, invariablemente, alrededor

de aquellos seres empeñados en destruirlo de la tierra...

Y vamos á otro asunto: decidles á vuestros rabadanos que os llevan por mal camino; los verdaderos cristianos, á quien deben amar más y mejor, es á los réprobos, á los herejes, á los malos, á los perversos; sobre todos nosotros debéis, vosotros los llamados cristianos, acumular la piedad, la dulzura; algo de esto hacen ya los jesuitas; las cabezas gufas de la asociación huelen el hundimiento de los fanatismos y crueldades de la Iglesia, y con la melosidad propia de la institución, intentan suavemente volver la cabeza; mas sólo para sus fines particulares. Vosotras, á quien no supongo jesuitas, no debéis tener fines interesados en ser tolerantes; desde luego que os creéis *buenas cristianas* ayudando á quemar á los herejes: estáis en un profundo error: de las cenizas de tantos como quemó la Inquisición, surgió toda la muchedumbre de heterodoxos de la edad moderna. Si llegarais á quemarme, es tal la intensidad de conciencia que hay en cada una de mis moléculas, que donde cayera un átomo de mí, surgiría un pueblo entero de librepensadores y racionalistas... ¡No le conviene á la Iglesia quemarme!... Cuando nosotros triunfemos, tened la seguridad de que no os quemaremos.

Vuestras doctrinas tienen en la escala del amor el número uno; casi no pasa de ser instinto; las nuestras tiene el número mil; amamos con la inteligencia, y esto es el único amor que caracteriza de humana la especie racional. Mientras vosotras masculláis un *Padrenuestro*, estáis pensando en el querido de la vecina, en las faldas de moda, ó en cómo meteréis mano en las cuentas de vuestros hombres; nosotras, que *no rezamos nunca*, estamos pensando siempre de qué modo haremos los cosas más conforme á la moral, y... creedme, lo que intentasteis hacer el otro día en contra mía, es una acción perversa, muy mala; lo más lejano de lo que llamáis cristianismo. Os aconsejo que no obréis así, porque cada una de estas acciones os hace más vencibles, más despreciables y más impotentes... Indudablemente Dios os quiere perder, porque os ciega. Enmendaos, y tened seguridad de que jamás podréis hacerme daño que yo no tenga descontado recibir de vosotras.

Con la mayor misericordia os saluda y os aconseja templanza, prudencia y piedad,

ROSARIO DE ACUÑA Y VILLANUEVA
El Cervigón (Somió), Septiembre 1911.

Un cura modelo

Don Benito Fernández, cura parroco de las Angustias de Navalmoral, que ya fué denunciado á los Tribunales por injuria grave y calumnia, y que después fué procesado por la celebración de un matrimonio ilegal, ha sido denunciado por emplear el sello oficial del Arciprestazgo para su correspondencia particular, con lo cual se venía economizando sellos de franqueo.

No sólo tiene tales gracias ese cura, sino que además tiene en su compañía una jovencita de quince años, con la cual no le liga ningún parentesco de

consanguinidad, lo cual permite á los vecinos hacer chistes á costa de ambos.

En números siguientes continuaremos dando detalles de este distinguido ejemplar de la clase *cleripopotámica*.

Los Maristas

Con un valor cívico poco común entre los españoles, el celoso secretario de la Comisión Municipal de Enseñanza, D. Pedro Galia y Pinés, de ésta, ha presentado una denuncia en el Juzgado de Instrucción, notificando que los Maristas aquí dedicados á la enseñanza primaria han cometido actos deshonestos con varios niños.

Por efecto de la denuncia, los dignísimos juez y alcalde que por suerte disfrutamos, han clausurado temporalmente la escuela de los Maristas, encerrando á tres de éstos en la cárcel.

Así se gobierna; así se demuestra amor al pueblo; así se prueba el amor al orden, á la justicia y se vela por esos desgraciados niños, ya que sus padres demuestran quererlos tan poco que los entregan en manos de semejantes maestros, expulsados de la culta Francia por corruptores de la infancia.

¿Hasta cuando va á durar la ceguera de los padres de esos niños y protectores de esos sátiros?

¿Qué se puede esperar de los que, desobedeciendo el mandato de su Dios que les dice: «Creced y multiplicaos», hacen voto de castidad, abandonan ingratos á sus padres para dedicarse á una vida más ó menos monástica, y se apoderan con engaños de las mayores herencias, usurpándose las á los legítimos herederos?

Siempre he temblado, faltándome poco para llorar, por el honor de esas delicadas flores llamadas niñas, al verlas entre las manazas de esos célibes.

¿Qué dirían los orondos señores partidarios del orden si eso hubiera ocurrido una sola vez en una escuela laica?

Para elevar un mensaje de gratitud al noble secretario que ha presentado la denuncia y solicitar de las autoridades la clausura definitiva del colegio Maurista, se están recogiendo firmas, llenándose á cientos los pliegos con firmas de todas las clases sociales, indignadas del deshonor lanzado por seres abyectos sobre este viril y honrado pueblo.

¡Viva Manzanares con honra!

El Madrileño,
JUAN CRUZ

Octubre de 1911.

Otros Tirteafuera

El día 27 publicó *Heraldo de Madrid* este telegrama de Logroño, con el título *Denuncia grave*:

«A consecuencia de una denuncia hecha por unos niños, el Juzgado ha comenzado á instruir diligencias por abusos deshonestos cometidos en un colegio dirigido por hermanos maristas.

Se ha decretado el procesamiento y prisión del prior, José Corons, que, según se dice, se ha fugado.

El público, agolpado á las puertas

del edificio, empezó á protestar, y la Policía se vió obligada á disolver los grupos.

Muchos padres de los alumnos enviaron á recoger á sus hijos, y toda la tarde estuvieron saliendo escolares.

Cuando los maristas conocieron la denuncia visitaron á los padres de los alumnos denunciante, rogándoles retirasen sus firmas y el documento de la denuncia.

Mi primer impulso al leer el telegrama ese, fué escribir un tremendo artículo contra esos puercos de maristas. Después, pensándolo mejor, decidí no escribirlo.

Porque no sabría qué contestarles, si me dijeran:

«¿Y con qué derecho nos ataca usted? Si los padres de los niños saben que á lo mejor salimos por ese registro, y, sin embargo, los envían á nuestros colegios, ¿no es señal de que les agrada que hagamos con sus ternos vástagos lo que tal vez harían con algunos de ellos nuestros predecesores? Y como de gustos no hay nada escrito ¿quién le autoriza á usted para meterse en lo que á los padres de los niños no les parece mal?»

Y como no sabría que contestarles si me hablasen de esa manera, opto por el silencio.

SEVILLANAS

Leo en un periódico local:

Robo al P. Cirilo

En el tren correo de Mérida, número 361 y en coche de segunda clase, viajaba el fraile franciscano Cirilo Hernández, y al llegar el convoy entre las estaciones de Cazalla de la Sierra y Alanís, observó el P. Cirilo que le habían robado la maleta, que contenía tres mil pesetas en billetes del Banco de España y ropa interior.

Se ignora quiénes sean los autores del robo.

No debe ser cierto el hecho tal como lo refiere el periódico, por la sencilla razón de que un fraile al tomar el hábito empieza por hacer voto de pobreza, y por lo tanto no puede en manera alguna ser dueño de esa respetable cantidad sin quebrantar el juramento hecho. Y un fraile, primero falta una noche á la celda de la priora, que á un juramento.

Además, dando de barato que el fraile llevara esas tres mil pesetas encima ¿quién es el guapo que remata con éxito la empresa de apoderarse de esa suma sin dejar la piel en la refriega?

Un fraile no se deja arrebatar ni dos pesetas sin mascarle la nuez á su padre que lo intentara; y de ahí el que yo desconfíe de la certeza del suelto de referencia.

Ahora bien: si desgraciadamente resultare cierta la noticia, juro con la mano puesta sobre la albarda del asno del cura de mi parroquia, que no tengo conocimiento de una rateta que suponga la ejecutó más ingenio ni destreza, que en quien la que tendría que poner en práctica ese discípulo de Rinconete; porque hay que tener en cuenta que con sólo una mano podía operar, por-

que la otra la tendría ocupada en taparse las narices durante el tiempo que anduvo cerca del fraile.

Celebrábase una función religiosa en el convento de Loreto de Santiponce, cuando el badajo de una de las campanas de la torre, desprendiéndose de su ajuste, vino á caer sobre un bonete que allí cerca estaba, originando en él los desperfectos que es de suponer, dada la elevación de la torre, que no bajaría de veinte metros y los diez kilos, peso bruto ó clerical del badajo.

Lo más extraño del caso fué (según confesión de las beatas que se encontraban próximas al lugar del suceso) que al golpe del badajo contra el bonete, éste lanzó un *quejío* como de persona, causando la admiración de cuantos presenciaron el hecho, que se atribuyó á milagro de la Virgen de Loreto...

¡Ah! Me olvidaba decir que al ocurrir el choque, se encontraba dentro del bonete la cabeza del sacristán del convento.

E. GIMÉNEZ MONROY

Octubre 1911.

Asesinato lógico

Entró un viejo en una tienda de estampas de la isla de la Palma (Canarias), y lanzó unos chistes que se le ocurrieron al ver unas figuras de santos muy mal hechas y de colores chillones.

Un joven que estaba allí se arrojó sobre él cuchillo en mano y se lo hundió en las entrañas, saliendo después tranquilamente á la calle, y diciendo: «Lo maté porque se burlaba de los santos, y Dios me lo mando.»

Dicen que está loco. Es posible, pero convengamos en que como ese rezagado de los siglos de la Inquisición, hay muchos cuerdos en España, que harían lo mismo si contaran con la impunidad.

Más que loco, parece un hombre convencido que saca de las enseñanzas de la Iglesia las consecuencias lógicas.

Si la Inquisición exterminaba á los herejes, él está en el deber de enviar al infierno á los impíos. ¿Que le condenan á presidio por eso? ¿Y qué? El que se sacrifica por la fe, asegura la bienaventuranza eterna. Sufrirá su cuerpo, pero gozará su alma.

Además, si el ser liberal (y el viejo aquel debía serlo cuando se burlaba de aquellos mamarrachos artísticos), es peor que ser ladrón, asesino, parricida etc., etc.; ¿por qué no había de poder él mandarlo al infierno en defensa de Dios?

Fué horrible lo que ese hombre hizo, pero lógico.

Pensiones para el Extranjero

Los periódicos publican la lista de los agraciados ambulantes. No sabemos si son clericales ó liberales: sólo vemos al final un fraile que sirve de remate á la lista.

Es el fraile de Silos, Luciano Serrano, que va á Roma con 300 pesetas mensuales y 500 de viaje, para hacer estudios arqueológicos ó histórico fraillunos.

En arqueología nos traerá la botanadura de la casaca de Adán; el prepucio de los Inocentes degollados por Herodes; la vara de Moisés; la cogulla de Elías; la pezuña de la burra de Balaán; la quijada de Sansón; el cuchillo de Judit; la cuna de Jesús; el Huso de la Virgen; la cabeza de Goliath; las tablas de Moisés; el rabo de Lucifer; las pipas de la manzana de Eva y la célebre Hoja de Parra del Paraíso.

En Historia deacubrirá el esqueleto de la Papisa Juana, la lista de los robos del Vaticano y la correspondencia íntima de los Papas con sus queridas.

Además sacará una indulgencia plenaria para la hora de la muerte del gobierno democrático eucarístico monástico.

Alabado sea por siempre San José Canalejas y San Amalio Jimeno, ambos ex republicanos.

¿Que viene Maura!!

Que venga. ¿Qué podrá traernos que no tengamos?

—¿Los frailes de Portugal?

Ya los tenemos sin faltar uno.

—¿Los requetés carlistas?

Ya están organizados con banderas, músicas, capellanes, cornetas y cantineras.

—¿Los conventos repletos de fusiles y de dinamita?

Ya están enseñando el ejercicio militar á los mismos alumnos, que cambian el biberón por el fusil.

—¿El Congreso Eucarístico?

Menudo ha sido el que nos hemos chupado este verano.

—¿Jueces clericales gerentes de León XIII?

Pregúntenselo á EL MOTÍN, que tiene un montón de sentencias, multas y demás propinas.

—¿La consagración de España al Sagrado Corazón jesuita?

Ya está hecha con toda solemnidad y sin previo aviso.

—¿La guerra de Africa?

Escuchen ustedes los cañonazos.

Algo de Inquisición

«El llamado Santo Oficio de la Inquisición fué fundado por Santo Domingo de Guzmán, en una época de costumbres bárbaras que aún no había podido dulcificar la religión... acaba de escribir un señor Aramburo *inquisidor* por episcopal delegación, á quien voy á permitirle hacer esta pregunta: ¿es que cuasi en los umbrales del siglo llamado de las luces, no había podido aún esa religión dulcificar la religiosa barbarie que en 1780 quemó en Sevilla una mujer convicta de sotilegio y maleficio?»

Según un veraz historiador; «De 1480 á 1498, España entera humeó como una

hoguera. Torquemada en estos diez y ocho años vió quemar 8.800 personas vivas y 6.500 muertas ó en effigie.»

Admiremos ahora estas espeluznantes palabras de un escritor eclesiástico nada recusable referidas ese santo tribunal:

«No se confronta á los acusados con los testigos, y no hay delator que no sea escuchado; un criminal, un niño, una cortesana son delatores graves. El hijo puede deponer contra su padre, la esposa contra el marido, el hermano contra el hermano; en fin, el acusado está obligado á ser su propio delator de adivinar y de confesar el delito que se le imputa y que, con frecuencia ignora.»

A ese episcopal delegado que asegura que las ruedas, cuerdas, hierros y demás tormentos que se usaban en la Inquisición para obligar á declarar á ciertos reos contumaces, no eran originales de ella sino copia de todos los tribunales que regían cuando se estableció, recomendaremos la muy sabrosa lectura de esto de un escritor distinguido:

«En cuanto al tormento que se recomendaba por el reglamento de 1484 no es á la Inquisición á quien debe imputarse su introducción en España. La ley de los visigodos lo había adoptado prescribiendo que se pudiera renovar la tortura siete días consecutivos como medio de convicción. Pero la Inquisición, lejos de rechazarlo, como el espíritu del derecho canónico exigía, se apropió este infame procedimiento, así como recogió todo género de tormentos que la costumbre había introducido en los diversos reinos y provincias de España: tormento de la cuerda, del agua, del fuego.»

En 1697 procesóse por la Inquisición de Valladolid á un fraile, que merecía no serlo, por haber entregado á una joven á quien querían hacer monja, estos muy humanos versos:

Si un amor puro el corazón te inflama
y amante tierna logras ser querida,
pon combustible y pábulo á la llama
que un amor á disfrutar convida.

Si hay Dios y es piadoso y tolerante
no creó la mujer para encerrarla;
el hombre bajo, vil é intolerante
es el que pretendió sacrificarla.

Creó los votos y con fe mentida
víctimas mil sacrificó á su antojo,
hizo del claustro una virtud fingida,
y la pureza confió á un cerrojo.

Rara virtud que huyendo del combate,
del peligro por hierros apartada,
teniendo pinchos mil por baluarte
se conserve algo pura y recatada.

Faltábale algo santo y milagroso
á esa farsa ridícula, estúpida,
y salvador divino, por esposo
le presentaron como santa ofrenda.

No, sofistas, hipócritas, malvados,
Dios, benéfico, justo, bondadoso,
no quiere á los mortales violentados,
no tiene por virtud á lo forzoso.

A ningún Papa debió nuestro país la tan justa como razonable disposición que reformaba el procedimiento de ese malvado tribunal, no permitiéndose perseguir más que la herejía obstinada y la apostasía, y prohibiéndose ordenar la prisión preventiva sin pruebas fundadas, sino al insigne conde de Aranda, expulsador tan glorioso de la jesuítica peste.

Aunque no tuviera otras razones para ser muy ardiente partidario de la invasión francesa del año 8, me bastaría el

haber dado muerte á nuestra inquisitorial perversidad.

Ahora oigan los convencidos por las campañas antiinquisitoriales de EL MOTÍN la transcripción de estas afirmaciones hechas por el historiador Lafuente en las Cortes del 54:

«Indudablemente, señores, durante la Inquisición en España sufrimos un gran retraso en la vía de la civilización. Habrá muchos, ó tal vez todos, que habrán leído los cuadros horribles de las escenas inquisitoriales en los autos de fe, y se habrán estremecido al leerlas en los libros. Pues bien, señores: yo, que las he leído más que en los libros; yo, que por mi deber de humilde historiador de mi patria he tenido que ir á buscar documentos originales á nuestros archivos; yo, que he tenido en mis manos lo que tuvieron en las suyas los inquisidores; yo, que conozco su letra y su rúbrica;

Veritas

(J. DE LA HERMIDA)

(Continuad.)

España en el siglo XX

1. Ley de jurisdicciones.

El Concilio de Trento ley del reyno.

El jefe del gobierno liberal que declara insustituibles las Ordenes religiosas y nos consagra por la espalda al Corazón de Jesús.

La prensa sometida á la previa censura.

El clero intangible en las funciones de su clase y en sus funciones de otra clase.

Cacheo de liberales quitándoles hasta los mondadientes.

Armamento de frailes y requetés.

El grito de ¡viva el Papa rey!, legalizado.

El grito de ¡viva la República!, prohibido.

Una democracia que celebra sus triunfos contra el pueblo y arma batallones de burgueses.

España eucarística.

Bibliografía

Se han recibido:

De Valentí y Camp un excelente y profundo estudio, *Vicisitudes y anhelos del Pueblo Español*, del que hablaremos con la extensión merecida.

De Angel Cerrolaza, un estudio, *El materialismo triunfante*, que demuestra un espíritu soñador y entusiasta hasta el delirio.

De Antonio López, la traducción catalana de los escritos de Carlos de Broset con el título de *L'Italia clerical y aristocrática del siglo XVIII vista por un personage francés*.

De P. S. Lanoir, *Les Grands Espions*, con el estudio ameno y delicado de curiosos hechos de espionaje.

De D. J. M. Bofill, el libro *Opus*, colección de los artículos y discursos del veterano apóstol anticlerical del Ampurdán.

El triunfo del tradicionalismo en 191... por un jaimista del Requeté. Entretendida diatriba-réplica á la del carlista Cirici Ventalló.

Hoy como ayer

En el *Breve* que el Papa Pascual envió al obispo de Santiago el año 1103, decía entre otras cosas sumamente curiosas:

«Aquello de todo punto es indecente que en vuestra provincia, según somos informados, moran juntamente los monjes y las monjas. Lo cual debe procurar estorbar tu experiencia, para que los que al presente están juntos, sean apartados en moradas muy diversas, conforme al juicio de personas religiosas; y para en adelante no se use de semejante libertad.»

Es edificante leer todo lo que Papas y Concilios han prohibido á curas y frailes.

Por ello se cae en la cuenta de que los pobrecitos estuvieron siempre adornados... de virtudes.

El presidente del *requeté* carlista de Barcelona, Fernando Beltrán, ha presentado la dimisión de su cargo, para ingresar en un Seminario.

Me parece muy natural. Perfeccionado ya en el tiro al blanco, ¿por qué no ha de hacerse cura?

Hoy es tan necesaria esa asignatura para ordenarse, como el grado de bachiller para seguir cualquier carrera.

Anécdota curiosa que refiere *El Correo de Catania*:

«En el pueblo de Mineo hay un párroco muy templado.

El otro día fué á extenderle el último pasaporte á un enfermo, y al salir de la habitación de confesarlo, le dice á la familia:

—¡Es inútil! ¡Es inútil! No lo puedo absolver. Sus pecados son muy grandes.

—¡Ay, pobres de nosotros! Y díganos, señor cura, ¿cómo lo podríamos arreglar?

—Lo último, treinta pesetas.

Obra nueva

PROCESO Y FIN DEL CELIBATO EN ESPAÑA

POR

S. Pey Ordeix

Historia y crítica documentadas de los expedientes seguidos en Roma, España y Francia para la legitimación del primer matrimonio legalizado en España, á pesar de las leyes celibatarias impedientes.

Precio: UNA peseta

IMPRESA DOMINGO BLANCO - LIBERTAD, 31